José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig

"Mi mujer es un gran hombre"

CÓMEDIA EN TRES ACTOS, DE

BERR Y VERNEUIL

VERSIÓN CASTELLANA

SEGUNDA EDICION

COPIRIGHT, BY
JOSÉ JUAN CADENAS Y ENRIQUE F. GUTIÉRREZ-ROIG, 1927

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, NÚM. 24
MADRID

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
LORRAS

N.º de la procedencia
1916

"Mi mujer es un gran hombre"

Este ejemplar, impreso exclusivamente para el servicio de los teatros, se vende al precio de tres pesetas.

Esta obra es propiedad de sus autores y nad
podrá, sin su permiso, reimprimirla ni repr
sentarla en España ni en los países con los cual
se hayan celebrado, o se celebren en adelant
tratados internacionales de propiedad literar
El propietario se reserva el derecho de tr
ducción.
Los comisionados y representantes de la *Soc
dad de Autores Españoles* son los encargados e
clusivamente de conceder o negar el permiso
representación y del cobro de los derechos
propiedad.

—

Droits de représentatión de traductión et
reproductión réservés pour tous les pays, y con
pris la Suéde, la Norvége et la Hóllande.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

"Mi mujer es un gran hombre"

CÓMEDIA EN TRES ACTOS, DE

BERR Y VERNEUIL

VERSIÓN CASTELLANA DE

José Juan Cadenas

Y

Enrique F. Gutierrez-Rolg

Estrenada con éxito enorme en el Teatro Lara, de Madrid, la noche del 17 de Septiembre de 1927.

TALLERES GRAFICOS PIÑERA
MORATIN, 63
MADRID

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/mimujeresungranh00berr_0

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
COLETTE.....	Carmen Díaz.
CECILIA.....	Margarita Larrea.
MAGDALENA.....	Carmen López Lagar.
EDUARDO.....	Rafael Bardén.
VALENTIN.....	Eduardo Edez de Córdova.
RASTABÚL.....	Gaspar Campos.
ARTURO.....	Manuel Díaz.

La escena en París.—Epoca actual.—Derecha e izquierda, las del actor.

720643

ACTO PRIMERO

El despacho de Colette Colbert.

Muebles severos pero elegantes.-En el foro, a la derecha, puerta de dos hojas que abre sobre el vestíbulo.-En el foro, a la izquierda, puerta de dos hojas que da acceso al salón de espera para los clientes.

A la izquierda, en primer término, puerta del despacho de Valentín.

A la derecha, en primer término, puerta de acceso a las habitaciones particulares de Colette y Eduardo.

En el centro de la escena, frente al público, la mesa de despacho de Colette. Al lado una mesa más pequeña que es la de Valentín.

Un gran retrato de Colette Colbert, vestida de toga y birrete, estará colocado en la pared en lugar bien visible.

Son las cuatro de la tarde.

ESCENA I

EDUARDO, VALENTÍN, *luego* ARTURO

(Al levantarse el telón no habrá nadie en escena. Suena el teléfono. Entra EDUARDO *por la derecha y se acerca al aparato.)*

EDU. Pero ¿qué es esto? ¿Nadie oye que llaman? *(Al teléfono.)* Vamos a ver... ¿Qué? ¿El abogado Colbert? Sí, Aquí es. Sí, señor... ¿Cómo? ¿El escrito de réplica? Bueno... ¿Que qué me parece? ¡Ah! Yo no se nada... Yo no soy el abogado... Soy el marido... El marido del abogado, sí señor... Es que el abogado es abogada... No, yo no estoy al corriente de los asuntos del bufete... Bueno, pero ¿quién es usted? El Sr. Maupassant, abogado? ¡Ah! Muy bien... ¿Es usted pariente de Guy de Maupassant?

Hombre, no veo por qué ha de protestar usted. No es ninguna ofensa... Mire usted lo mejor será que llame al pasante del abogado... de mi mujer, claro... No se vaya usted del aparato... *(Deja el aparato sobre la mesa, se dirige a la puerta de la izquierda y llama.)* ¡Valentín! ¡Valentín!... ¿Quiere usted acercarse un momento al teléfono? ¿No ha oído usted que llamaban?

VAL. *(Entrando por la izquierda.)* ¿Qué sucede? Hola, buenos días, Sr. Colbert.. ¿Quién llama al aparato?

EDU. Es Guy de Maupassant que...

VAL. ¿Cómo?

EDU. No, no... Es uno que no es pariente de Guy de Maupassant... Se lo advierto a usted para que no se lo diga, porque se incomoda muchísimo... Es un abogado...

VAL. ¡Ah! Ya sé... es el Licenciado Maupassant... Justo... Muchas gracias, Sr. Colbert.

EDU. No hay de qué... *(Vase Eduardo por la derecha.)*

VAL. *(Al teléfono.)* ¿Eh? Buenos días, Sr. Maupassant... Soy yo... Valentín... Sí... sí... Era el señor Colbert el que hablaba... No está al corriente de los asuntos del bufete... ¿Qué? ¿Ha presentado usted la demanda? Bien, bien... Tenemos seis semanas para contestar... Descontando los días festivos expirará el plazo... Voy a ver... No se separe usted del aparato... *(Deja al aparato y repasa las hojas de un calendario del despacho.)* Uno... dos... tres... Esto es... el 24 de enero... *(Coge el teléfono.)* El plazo cumple el 24 de enero... ¿Eh? ¿Diez mil kilos? No comprendo, señor Maupassant... No, señor... Yo no he pedido antracita... ¿Que número pide usted? Sí, señor... Sí... Es este... ¿El Sr. Colbert? ¿De parte de quién? ¿De la casa Alarico, leñas y carbones? Bien... bien... No; es que por lo visto ha cortado usted la comunicación que yo tenía... Es lo mismo.

Voy a llamar al Sr. Colbert. No se retire usted... *(Deja el aparato, abre la puerta de la derecha y llama.)* Señor Colbert... El teléfono... Esta vez es a usted a quien llaman...

EDU. *(Entrando.)* ¿Quién? ¿Quién me llama?...

VAL. No sé... La Casa Alarico...

EDU. ¡Ah! Sí... Ya sé... Ya sé... *(Coge el teléfono, Valentín vuelve a su trabajo.)* ¿Eh? Sí... Soy yo... ¿Recibió usted mi carta? Comprenderá usted que me sobra la razón... Yo encargué cinco toneladas de cok para la cocina y diez toneladas de antracita inglesa para la calefacción. Y usted me ha enviado quince toneladas de antracita belga... Estoy seguro... Yo mismo lo he pesado... nada, nada, hay que cambiarlo... lo antes posible... Perfectamente Adiós... *(Cuelga el aparato.)*

VAL. Es usted un hombre de orden... un verdadero amo de casa. .

EDU. ¡Qué remedio me queda!... ¿Ha visto usted a mi mujer hoy?

VAL. Sí, señor...

EDU. ¿Qué tal está?

VAL. *(Sonriendo.)* ¿Y me lo pregunta usted a mí?

EDU. Es que no la he visto desde ayer...

VAL. Los pleitos la tienen tan atareada...

EDU. Ya lo veo, ya... Ayer, en cuanto acabamos de cenar, se encerró en su despacho hasta las dos de la mañana. Cuando se acostó... yo estaba ya dormido. Esta mañana cuando se levantó, yo dormía todavía.

VAL. ¿Duerme usted mucho?

EDU. Lo que todo el mundo... Ocho horas... Esta mañana no la pude ver... Estuvo recibiendo gente hasta las doce... Cuando el criado me llamó para almorzar, respiré... ¡Vaya! Por fín iba a verla... Pero no señor... Llego al comedor y me encuentro un solo cubierto. El mío.... Mi mujer se había envuelto

unos emparedados en un papel y se había marchado... He almorzado solito, amigo Valentín.

VAL. Sí... tenía una vista a la una en punto... Va a defender el asunto de las Azucareras...

EDU. Acabará por caer enferma.

VAL. ¿Quién?

EDU. ¡Mi mujer!

VAL. No lo crea usted... Es fuerte... Ahí tiene usted... Más de trescientos pleitos... La señora Colbert es hoy uno de los abogados más célebres de París... La llueven los asuntos... Y es natural porque tiene unas condiciones excepcionales.. Hay que verla en el Tribunal. Qué fuerza de argumentación... ¡Qué palabras!... ¡Qué ojos! ¡Qué boca! Una gran figura, Sr. Colbert. Una gran figura.

EDU. *(Pensativo.)* Sí... ¡Mi mujer es un gran hombre!... ¿Sabe usted si volverá pronto?

VAL. *(Mirando al reloj.)* Se fué a la una... Son las cuatro... Ya no debe tardar.

EDU. ¿Sabe usted si tiene todavía mucho que hacer en el despacho? ¿La podré ver yo?

VAL. ¡Ah! no lo sé... Pero se lo preguntaré, señor Colbert... Se lo preguntaré...

EDU. Un millón de gracias... *(Entra* ARTURO *con dos grandes cajas de cartón.)* ¿Qué es eso, Arturo.

ART. El modisto de la señora ha dejado esto.

EDU. ¡El modisto! Alabado sea Dios. *(Mirando la etiqueta.)* Un modisto... Un vestido... Ya era hora... Algunas veces mi mujer tiene caprichos de mujer... ¿Y la otra caja?

ART. ¡Es un sombrero!

EDU. ¿Para la señora también?

ART. Sí, señor...

EDU. ¡Hombre! Esto me llena de alegría... De usted una buena propina a la oficiala.

ART. Perfectamente. (*Arturo se dirige a la salida. Entra* COLETTE *por el foro, con abrigo y sombrero y una gran cartera llena de papeles.)*

ESCENA II

DICHOS *y* COLETTE

(Alegremente.) ¡Señores, ganado el pleito de las Azucareras!...

¿De verdad?

¡Un triunfo! Yo misma estoy sorprendida... Bien es verdad que el contrario era Dupont... ¡Dios mío! Las tonterías que ha podido decir ese hombre en la vista... ¡Claro! Ya se figurará usted mi dialéctica. Le he hecho polvo...

Señora...

(Viendo los paquetes.) ¿Qué es eso?

Un vestido y un sombrero que acaban de traer para la señora...

¡Ah, sí!... Ya sé... Déjelo usted ahí... Ahora me los probaré...

Dos visitas esperan en el salón desde las tres...

¿Todavía? ¿Pero no le dije a usted que no quiero recibir más gente hoy?

Sí, sí. Pero han insistido de tal manera... Un caballero sobre todo... Ha dicho que esperará, si es preciso, hasta mañana...

¡Ah! ¿No vienen juntos?

No, señora... Al menos cuando llegaron no se conocían... Ahora... Como ya hace tres horas que están ahí..., puede que hayan hecho conocimiento...

Está bien... Está bien... *(Vase* ARTURO.*)*

ESCENA III

COLETTE, EDUARDO *y* VALENTÍN

(A Valentín.) Y usted, ¿se puede saber dónde tiene usted la cabeza?

(Azorado.) Yo...

¿Fué usted quien preparó anoche las notas para mi discurso?

Sí... ¿Olvidé alguna cosa?

COL. Las notas... Ni más ni menos... Llego al tribuna y me encuentro sin ellas... He tenido que impro visar mi discurso de arriba a abajo... *(Coge las no tas que están sobre la mesa.)*

VAL. ¡Oh! ¡Es admirable! ¡Qué talento!

COL. Sí..., sí... Todo lo admirable que usted quiera pero otra vez ponga usted más cuidado...

EDU. *(Interviniendo tímidamente.)* Es verdad, Valentín.. Ponga usted cuidado, Valentín...

COL. *(Que hasta este momento no habrá reparado en Eduar do.)* ¡Ah! ¿Estás tú aquí?

EDU. ¡Claro! Yo estoy siempre aquí... ¿Cómo sigues?

COL. Bien... Ya lo ves...

EDU. ¿No te sientes fatigada?

COL. ¿Yo? ¡Nunca! Y tú, ¿estás mejor de tu reuma?

EDU. Sí, estoy mejor, gracias...

COL. Ya he visto que dormías bien esta noche.

EDU. Duermo lo normal... Ocho horas... Como siem pre... ¿Dispones de cinco minutos libres?

COL. De todos los que quieras, Eduardo... ¿Tienes que decirme algo?

EDU. ¡Mucho!

COL. Pues empieza...

EDU. El caso es que no sé por dónde comenzar... ¡Ah, sí!... En primer lugar, yo quisiera que almor zaras...

COL. ¿Eh?

EDU. ¡Oh! Conmigo no... Eso sería el colmo de la feli cidad... Pero deseo que almuerces... Arturo me ha dicho que esta mañana te fuiste corriendo al Tribunal llevándote un par de emparedados en un papel... ¿Es verdad eso?

COL. Es verdad... *(Abre la cartera.)* Y mira... Aquí los tienes..., ni siquiera me acordé... No los he pro bado...

EDU. *(Consternado.)* ¡Dios mío!

COL. *(A Valentín.)* ¡Ah! ¿Sabe usted lo que me han di cho en el tribunal, Valentín?

AL. No...

DL. ¡Han condecorado a la Balmoral!

AL. ¡Qué escándalo!

DU. Entre las cosas de que quiero hablarte... *(Suena el teléfono.)*

DL. Perdóname un minuto... Vea usted quién es, Valentín...

AL. *(Al teléfono.)* ¡Ah! Sí. Es que nos cortaron antes... No se retire, señor Maupassant...

DU. Ya está ahí otra vez...

DL. *(Al teléfono.)* ¡Ah! ¡Voy, voy! Hola, amigo Maupassant... ¿La fecha del plazo?

AL. Veinticuatro de enero...

L. El veinticuatro de enero... Sí, señor... ¿Sabe usted que han condecorado a la Balmoral? Como usted lo oye... Ya es oficial... ¡Es lo que todo el mundo dice! Bien. Sí. Adiós... *(Cuelga el aparato.)* ¡Pobre Maupassant! Se ha indignado al saberlo...

AL. ¡Calcule usted! Está esperando él la cruz hace treinta años...

U. Pues verás... La casa Alarico ha telefoneado... para lo de la antracita...

L. *(Abrazándole mimosa.)* No tengo más remedio que probarme estas cosas, querido Eduardo... ¡Anda! Ayúdame tú...

U. *(Muy contento.)* Todo lo que quieras... *(Coge unas tijeras y corta el bramante de los cartones.)*

L. Abra usted esa otra, Valentín... *(A Eduardo.)* Voy a probármelo delante de ti...

U. *(Asombrado.)* ¿Y delante de Valentín?

L. ¿Por qué no? *(Sacando la prenda de la caja.)*

U. ¡Ah! Pero es..., ¿es una toga? *(Desconsolado.)*

L. Claro, hombre; sujeta ahí...

U. ¿Y el sombrero? ¿No es un sombrero? ¿Será un birrete?

L. *(Que ha abierto la caja.)* Sí... Un bonito birrete... *(Colette se lo pone.)* La sienta deliciosamente...

COL. *(Con la toga puesta y el birrete, pasea y accion*
¡Ah! No, no... Esto no puede ser...

EDU. ¿Qué?

COL. Estas mangas... Son ridículas... ¿No ves qué trechas son? No tienen amplitud... *(Extiende brazo.)* ¡No! ¡No! Los grandes movimientos los pide la estrechez de las mangas... «Ese hom es inocente! ¡Pongo al cielo por testigo!» ¡B Imposible poner al cielo por testigo con es mangas... Hay que devolver la toga... Que la ar glen. *(Se quita la toga y la tira en la caja.)* ¿Q hora es?

VAL. Las cuatro y media.

COL. ¡Oh, qué tarde!... Y tengo que recibir gente davía... *(Revolviendo papeles.)* Con el trabajo q hay atrasado... ¡Qué vida!

EDU. ¡Verdaderamente! Eso digo yo... ¡Qué vida!

COL. *(Sentándose a la mesa.)* En fin, vamos allá... *(A lentín.)* Deme usted la demanda de Farandul, V lentín. *(A Eduardo.)* ¿Tú no tenías nada más q decirme?

EDU. No..., nada más... El birrete...

COL. ¡Ah! Sí... Es verdad... *(Se lo quita.)*

EDU. Veo que tienes mucho que hacer... Trataré buscar otra ocasión para hablarte...

COL. *(Con la cabeza metida en los papeles.)* Cuando qu ras, querido Eduardo... Cuando quieras... No f taba más...

EDU. Cuando quiera... Sí, sí... Cuando quiera... *(Vas*

ESCENA IV

COLETTE *y* VALENTIN

COL. Valentín.

VAL. ¿Qué?

COL. Le he pedido a usted la demanda de Farandul

VAL. ¿No es esa?

COL. Mire usted.

VAL. «Los Paramont contra el teatro de...» ¡Oh! Perdóneme usted... Hay tantos papeles...

COL. Esa no es una razón.

VAL. Aquí está... *(Dándola otros papeles.)*

COL. *(Bruscamente.)* Pero ¿qué es lo que le pasa a usted desde hace poco tiempo?

VAL. ¿A mí?

COL. Cuando entró usted en mi bufete hace ya...

VAL. Dieciocho meses... No he olvidado la fecha... El catorce de mayo, a las nueve de la mañana.

COL. Pues durante todo este tiempo ha sido usted un secretario ideal. Sí, sí... Puntual, concienzudo, metódico, sin una idea propia, adoptando en el acto todas las mías... Vamos, el ideal, repito...

VAL. La verdad, es que me confunde usted...

COL. No; no me lo agradezca. Hoy no es un cumplimiento el que le voy a hacer... Porque usted ya no es el mismo... Se distrae usted, se equivoca, confunde todo, no escucha usted lo que se le dice...

VAL. *(Pensativo.)* Eso depende de quien me habla...

COL. Sí... A mí me escucha usted... Desde luego... Pero... Hay que atender también a los clientes... Hay que escucharlos...

VAL. ¡Oh! Los clientes...

COL. ¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¡Los clientes! Pero, Valentín. ¿Qué es lo que le ocurre? Ha perdido usted el juicio...

VAL. No, nada de eso...

COL. ¿Le duele el estómago?

VAL. No, no... Estoy bien... Lo que me pasa es... que...; que estoy un poco enamorado.

COL. *(Asombrada.)* ¡Bah! El amor... Pero sí... Es verdad... Después de todo, alguna vez hay que pensar en el amor... ¿Qué edad tiene usted?

VAL. Veinticinco años.

COL. ¡Claro! ¡Claro! Veinticinco años... El amor... Es

verdad... Bueno, pero no hay que perder la cabeza, hombre de Dios... ¡El amor! ¿Es una hija de familia?... Pues... ¡cásese usted! ¿A qué espera?

VAL. No puede ser... Es una mujer casada.

COL. ¡Ah! Pero ella, ¿quiere a su marido?

VAL. No lo creo...

COL. Pues que se divorcie... ¡Nada, nada! Eso es lo mejor... Que se divorcie... Dígala usted que yo la defenderé... Y en seguida se casan ustedes...

VAL. *(Muy respetuoso.)* ¿Le es a usted lo mismo que hablemos de otro asunto?...

COL. Mejor es que no hablemos de nada... Diga usted que entre una de las personas que esperan... No hay que hacerlas aguardar demasiado..!

VAL. Ahora mismo... *(Abre la puerta del foro izquierda.)* ¿Quién está primero? *(Aparece* CECILIA *en el umbral. Valentín la deja pasar y vuelve a cerrar la puerta. A Colette.)* ¿Me necesita usted?

COL. No, no... Ahora no... *(Vase* VALENTIN *por la izquierda. Cecilia se sienta.)*

ESCENA V

COLETTE *y* CECILIA

COL. ¿A quién tengo el honor de hablar, señora?

CEC. Me llamo Cecilia Martel...

COL. Espere usted... ¿Cecilia Martel? Yo conozco ese nombre... Creo que me han escrito...

CEC. Sí, señora... El señor Poincaré me ha recomendado...

COL. Justo... Aquí está la carta... Perdóneme usted... Si lo hubiera sabido, no la hubiese hecho esperar...

CEC. *(Ingenuamente.)* Muchas gracias... Pero como ya no tiene remedio...

COL. El señor Poincaré me dice en su carta que se trata de un divorcio...

CEC. Sí. Yo quería que se hubiese encargado de ello el

señor Poincaré, porque es amigo de mi familia... Fué compañero de colegio de mi papá; pero al ir a verle, me dió un beso y me dijo: «No tengo tiempo... Acaban de nombrarme Presidente del Consejo»... No tenemos suerte con el señor Poincaré... Hace años mi papá tuvo un pleito. Fué a ver al señor Poincaré para encargarle del asunto, pero el señor Poincaré le estrechó la mano y le dijo: «No tengo tiempo... Acaban de nombrarme Presidente de la República».

COL. Sí. Desde hace treinta años va poco por el Palacio de Justicia. De todos modos yo agradezco mucho al señor Poincaré que haya pensado en mí...

CEC. Eso sí es verdad... No vaciló un minuto. Me escuchó y me dijo: «Cuánto siento no poder defenderla... El asunto es bastante malo... Para ganarlo hay que tener astucia, mala fe..., hipocresía... Hace falta que sea una mujer la defensora... Afortunadamente, tenemos muchas abogadas... Vaya usted a ver a la abogada Colbert.

COL. ¿Y se acordó de mi nombre de repente?

CEC. De repente, sí, señora... Abrió un anuario que tiene por orden alfabético y como usted está en la C...

COL. ¡Ah, ya!... ¿De modo que el asunto de usted es malo?

CEC. Así parece...

COL. Bien, bien... Trataremos de hacer que parezca mejor...

CEC. Muchas gracias...

COL. Dígame usted ¿qué es ello?

CEC. *(Vacilando.)* Pues... verá usted... Yo quiero divorciarme, que todas las culpas caigan sobre mi marido y que me pase una pensión de cinco mil francos mensuales...

COL. ¿Cuánto gana su marido?

CEC. Unos cien mil francos al año.

COL. Es usted un poco exigente.

CEC. No, no... Es que no puedo vivir con menos de cinco mil francos mensuales.

COL. Bien... Ya veremos... Y... verdaderamente todas las culpas son de su esposo?

CEC. Todas, es mucho decir...

COL. ¿Pero por qué motivo pide usted el divorcio?

CEC. No, si no soy yo... Es él quien le pide.

COL. ¿Y por qué quiere divorciarse él?

CEC. Porque el otro día al volver de un viaje, y para ser exactos, a eso de las cinco de la tarde, me encontró en toilette de baño...

COL. ¿Dónde?

CEC. En nuestra casa.

COL. Eso no es grave... Digo, me parece...

CEC. Es que en casa estaba un amigo nuestro... Qué quiere usted... Mi marido no me avisó que vendría tan pronto... Debía estar en Burdeos dos o tres días más... La culpa es suya...

COL. Pues si es eso todo lo que tiene usted que reprochar a su marido....

CEC. No, no... Hay más... Hay... que es calvo... que ha engordado mucho y que fuma demasiado.

COL. *(Levantándose.)* Mire usted, señora... Yo estoy muy atareada con asuntos mucho más serios que el de usted... Coja usted el Anuario y busque en la letra D que encontrará otras compañeras más...

CEC. *(Aterrada.)* ¡Oh! ¿No quiere usted defenderme?

COL. No tengo tiempo...

CEC. *(Llorando.)* ¡Ay, Dios mío!

COL. Pero ¿qué le sucede a usted? ¿Por qué llora?

CEC. No... Si yo ya sé que lo mío es un poco difícil... Pero por eso precisamente la buscaba a usted...

COL. No, señora, no... usted me ha elegido porque el Presidente del Consejo consultó antes el Anuario por orden alfabético...

CEC. Al principio, sí... pero luego...

OL. Luego, ¿qué?

EC. Si usted supiera lo que me han dicho cuando anuncié que la elegía a usted por abogado.

OL. ¿Qué le han dicho?

EC. ¡Que me había salvado! Que usted es la única que puede ganar este proceso... Que en asuntos difíciles es donde usted consigue mayores triunfos.

OL. ¿Pero quién le ha dicho a usted eso?

EC. Todo el mundo.

OL. ¡Todo el mundo!... *(Después de reflexionar.)* Bien, bien... séquese usted las lágrimas... Cuando su marido la sorprendió a usted ¿estaba solo?

EC. No... Iba con dos amigos.

OL. Eso no es malo...

EC. El Comisario de Policía y su secretario...

OL. Peor que peor... y... ¿no podía quedar lugar a duda?

C. ¡Ah! No, no... ninguna duda...

L. *(Pasea pensativa.)* Difícil... Muy difícil... Lástima que su marido no la haya asesinado... La causa hubiera sido interesantísima...

C. Para mí, no.

L. ¡Claro! Es verdad que es a usted a quien hay que defender.. Mala causa es... mala... Pero, en fín.. Veamos... Sí... Esto es... Su marido será gordo. ¿verdad? Sí, sí, gordo... Muy gordo... Y fuma... fuma demasiado... su intimidad es de las más desagradables. Su contacto molesta...

C. Yo no puedo decir eso...

L. Pero yo sí... Yo sí lo diré... Es un marido brutal, mal educado, lúbrico y obsceno que impone violentamente sus órdenes a una debil mujer delicada y sensible...

C. La digo a usted que exagera...

L. ¿Pero no ve usted que estoy defendiendo su causa?

C. Sí, sí... pero es que yo no puedo reprochar a mi

marido nada... Y mucho menos eso de que sea u
sátiro...

COL. ¿No?

CEC. No señora... En todo caso sería lo contrario...

COL. ¡Ah! Entonces la cosas varían... Es interesantísi
mo lo que usted me dice... Ya está la defensa.
Frialdad... Indiferencia... Olvido de los debere
conyugales... Pero antes, dígame usted...¿Qu
es lo que va a hacer su marido de usted en Bur
deos?

CEC. Tiene allí una fábrica de gomas para los para
guas...

COL. ¿Y va con frecuencia a Burdeos?

CEC. Un par de días todas las semanas.

COL. Pero entonces usted se pasa la vida sola? ¡Ah
muy bien. Muy bien... En el matrimonio el cón
yuge que olvida sus deberes carga con todas la
culpas.

CEC. Una vez que tuvo una huelga se pasó allí un mes.
Yo quise reunirme con él pero me contestó po
telégrafo que no valía la pena de ir.

COL. ¿Por qué?

CEC. Por la huelga. Podía haber disturbios...

COL. Pretextos... ¿Conserva usted ese telegrama.

CEC. Sí, señora...

COL. Es preciso que me lo traiga usted. Menos mal.
Este asunto puede ser bueno...

CEC. ¿Sí? Entonces ¿qué? ¿Acepta usted mi defensa?

COL. Acepto... Desde luego acepto... Usted me es muy
simpática y ya empiezo a odiar a su esposo. Es
hombre es un malvado... Se ve claramente que l
abandona... Huye de usted... La impide que s
reuna usted con él... Se opone a que sea usted
madre... ¿Tiene usted hijos?

CEC. No, señora.

COL. Estaba segura... ¿Qué más le dá a ese caballero
que la nación carezca de hombres? ¿Qué más l
dá?

CEC. ¿Es ese el discurso que va usted a pronunciar?

COL. ¡Claro! Son los argumentos...

CEC. Ya, ya... Comprendo... Para el discurso está bien, pero la verdad es que a mí no me gustaría cuidar de los hijos... Eso sí que no...

COL. Pero no lo diga usted.

CEC. Pues bueno se pondría Nicolás.

COL. ¿Nicolás? ¿Quién es Nicolás? ¡Ah, sí, él... ¿Y que hizo ese caballero cuando les sorprendieron a ustedes?

CEC. Pues me dijo: «¡Bah, bah, bah! Tu marido... el Comisario... los gendarmes... Te has quedado sola invitando gente...» Y no le he vuelto a ver.

COL. ¿De modo que está usted sola?

CEC. Figúrese usted... Y estoy tan aburrida que no tendría nada de extraño que...

COL. ¡Ah! No... Hasta después del proceso tiene usted que ser formal...

CEC. ¿Cuánto tiempo durará?

COL. De seis a ocho meses y si se deja usted sorprender la segunda vez por su marido, el asunto ya no tendrá compostura.

CEC. Bien, bien... Yo tendré cuidado.

COL. Procure usted elegir siempre un hombre que tenga necesidad de ocultarse... ¿No lo comprende usted? Un hombre casado. Pero, en fin, yo me meto en lo que no me importa. Ahora vaya usted a buscar ese telegrama y las cartas que tenga usted de su marido. Todo ello me servirá para estudiar el asunto. Hasta luego.

CEC. ¡Ay! No sabe usted lo agradecida que la estoy.

COL. ¡Bah! Eso no vale la pena.

CEC. Y la obedeceré a usted... Ya verá... Cuando se me presente una proporción, averiguaré si está casado...

COL. Pero hija, por Dios, no piense usted en esas cosas... (*Vase* CECILIA.)

ESCENA VI

COLETTE, *luego* EDUARDO

COL. ¡Ah! El amor... La verdad es que no me explico cómo se vuelven tan locas. Las cinco y cinco... Y yo que tengo un arbitraje a las seis... *(Abre la puerta y llama sin mirar.)* Que pase el primero... *(Una pausa. En seguida entra* EDUARDO, *con su sombrero en la mano, como si estuviera en visita.)* ¿Eh? ¿Tú?... Pero ¿qué haces tú en la sala de espera?

EDU. Aguardar que me tocase el turno.

COL. No te entiendo.

EDU. ¡Es que quiero verte!

COL. ¿Y eras tú la otra persona que esperaba?

EDU. No... La otra persona sigue ahí fuera esperando. Es un señor muy triste... Se ha quedado dormido. Y he pasado antes que él.

COL. Bueno; pero ¿qué quiere decir esta broma, Eduardo? Vamos a ver.

EDU. No... No es una broma... Es que es el único medio que he encontrado para poder hablar tranquilamente contigo. ¿Cuánto tiempo concedes a cada uno de los clientes?

COR. Hombre, no sé... Según... Un cuarto de hora..., veinte minutos.

EDU. ¡Veinte minutos! ¡Qué suerte! ¿Y cuánto cobras por las consultas?

COL. Doscientos francos.

EDU. Perfectamente... *(Saca dos billetes y los coloca encima de la mesa.)* Aquí los tienes.

COL. ¡Tú estás loco!

EDU. No lo creas... Tengo que hablarte, y como todas las horas de tu vida pertenecen a tus clientes, yo me presento como cliente.

COL. Querido Eduardo..., déjate de bromas. ¿No sabes que ahí está esperando un señor? Yo no tengo tiempo que perder. ¿No lo ves?

EDU. Tú no lo pierdes... Ya he pagado.

COL. Pero, Eduardo...

EDU. ¿De modo que, si yo fuera un desconocido, tú me concederías un cuarto de hora, y porque soy tu marido, no puedes darme un solo minuto?

COL. Yo te escucharé luego... Esta noche...

EDU. No... Esta noche te pondrás a trabajar. Y yo, claro, me quedaré dormido. No, no... Yo quiero mi cuarto de hora, pero en seguidita, en seguidita... Ahora mismo.

COL. Bueno, hombre, lo que quieras... Ya te escucho... Siéntate.

EDU. ¿Aquí?

COL. Sí... Ahí... Es el sitio de los clientes.

EDU. *(Sentándose.)* Gracias... *(Saca un papel del bolsillo.)* He hecho una lista para que no se me olvide nada. Vamos a ver... El carbón. Este ya está arreglado.

COL. Bueno.

EDU. *(Leyendo.)* Victorina... ¡Ah! La cocinera se ha despedido.

COL. ¿Por qué?

EDU. Porque ella siente el orgullo de su profesión y aquí no tiene ocasión de lucirse...

COL. No te entiendo.

EDU. Es muy sencillo. A Victoria le gusta servir bien de comer y aquí no es posible...

COL. ¿Por qué?

EDU. Porque nosotros no sabemos comer. Un día te entretienes con tus clientes hasta la una y media, y se almuerza a las dos. Al día siguiente pides el almuerzo a las doce. ¿Cómo quieres tú que los platos estén a punto sin saber nunca a qué hora hay que servirlos?

COL. Bien, bien... Pues que busquen otra cocinera.

EDU. No creas que es cosa fácil encontrar una buena cocinera.

COL. ¿Qué más?

EDU. He pasado por casa de Panhard... No tendremos el coche hasta el sábado.

COL. ¿No? Eso sí que es una catástrofe... Pero ¿por qué?

EDU. No sé... La magneto..., unas bielas...

COL. Bien, bien... *(Coge la lista.)* Qué otra cosa... Gertrudis... ¿Gertrudis?...

EDU. Más despacio, mujer, más despacio... Todavía me quedan diez minutos. Escucha. Parece ser que tu tía Gertrudis te ha escrito tres veces y tú no la has contestado.

COL. Es posible.

EDU. Es seguro... Por eso me ha escrito ahora a mí.

COL. ¿Está bien? ¿Sigue en Burdeos?

EDU. Sigue en Burdeos, sí; pero... está mal. Dice que de esta vez no sale y que está convencida de que se muere.

COL. ¡Pobre tía Gertrudis! Mira... Es preciso que vayas tú a verla.

EDU. Te advierto que es tu tía..., mía no... Es hermana de tu madre.

COL. Es nuestra tía... Tú soy yo. Yo eres tú...

EDU. Eso habría que discutirlo...

COL. Discutir...

EDU. Sí... Y ahora no tengo tiempo... Ya no me quedan más que cinco minutos... *(Leyendo la lista.)* Servilletas. ¡Ah! Sí... No quedan en casa más que tres servilletas.

COL. ¿Qué servilletas?

EDU. Las de la mesa... No quedan más que tres.

COL. ¿Y qué ha sido de las demás?

EDU. Están hechas un puro guiñapo.

COL. ¡Ah!

EDU. Sí... Las servilletas se usan y se gastan... Pasa igual que con los manteles..., las sábanas... De tiempo en tiempo hay que reponer estas cosas...

COL. Bueno, bueno... Compra lo que haga falta. ¿A qué esperas? ¿Necesitas dinero? *(Hace un movimiento.)*

EDU. ¡Oh! No te molestes.

COL. Entonces, ¿por qué me hablas de esas cosas?

EDU. Para que estés enterada... A mí me ha parecido que una cocinera que se despide y un poco de ropa blanca que hay que comprar..., son cosas que deben interesar a una señora de su casa... ¿No lo crees tú así?

COL. Desde luego; pero yo estoy tan ocupada... Tengo tantos asuntos..., tan graves..., tan importantes...

EDU. La casa es un asunto importantísimo...

COL. *(Sonriendo.)* Advierte que me hablas con una seriedad a la que no me tienes acostumbrada.

EDU. No es seriedad... Es que estoy cansado. Sí... Cansado... Me parece que es Montaigne el que refiere que un anciano filósofo, fatigado de la hostilidad de las cosas y de la maldad de las gentes, puso un día fuego a la aldea en que vivía... Yo he pensado hacer lo mismo; pero como vivo en París, mi determinación adquiriría las proporciones de una gran catástrofe. *(Muy dulcemente.)* Me parece que para simplificar, lo mejor sería que yo te asesinara.

COL. ¿Eh?

EDU. O que me suicide yo... Y que mate a la doctora... En una palabra, realizar un acto definitivo y sensacional.

COL. Pero ¿por qué, hombre, por qué?

EDU. Porque no te veo nunca y porque esto ya es demasiado.

COL. Vamos, vamos... Acabemos ya con esta broma de mal gusto. Tú has venido aquí en cliente... Me has dado docientos francos, y he recibido gustosa la forma humorística de esta pequeña lección. Pero no hay que exagerar... Me parece que nos vemos todos los días.

EDU. Sí. Todos los días... Un minuto... Nos decimos: ¡adiós!, de pasada. Nos damos un beso distraída-

mente... Tú no me escuchas cuando te hablo..., ni cuando te abrazo...

COL. ¡Eduardo!

EDU. Desde hace un año sólo hemos pasado juntos tres días, y eso porque te encontrabas enferma. El catorce, quince y dieciseis de septiembre. Ya ves que recuerdo las fechas.

COL. Yo también. Fué el día que se falló el pleito de Romorán. Estuve hablando once horas seguidas y caí enferma...

EDU. No sabes lo contento que me puse.

COL. ¿Eh?

EDU. Sí. Me apenaba verte enferma; pero al mismo tiempo, pensaba: «Gracias a Dios... Por fin voy a poder sostener con mi esposa una conversación algo seguida...» Pero, sí, sí... Te recetaron el descanso y reposo de las cuerdas vocales y te prohibieron abrir la boca en tres días. Fué tu compañerita la doctora Magdalena Kramer la que lo dispuso así...

COL. En primer lugar, Magdalena no es compañera mía... Ella es doctora en medicina.

EDU. Para mí todas las mujeres que desempeñan un oficio de hombres son compañeras... Yo las coloco a todas en la misma categoría...

COL. Eres muy amable. Ya sé, ya sé que tú no sientes más que indiferencia por mi carrera...

EDU. Nada de eso; pero fíjate bien en mí... Yo soy un hombre corriente..., si quieres... Tengo una fortuna mediana, una mediana inteligencia, no soy feo, ni guapo. No me he especializado en nada y por eso no llamo la atención de nadie...; pero estoy tan ocupado como tú, aunque mis ocupaciones sean distintas. Para ser feliz completamente necesitaría que mi esposa compartiera mis gustos y mis placeres..., y que de vez en cuando pudiéramos cambiar nuestras mutuas impresiones.

COL. *(Emocionada.)* Sí... Es verdad... Abrázame Eduardo. Tú eres el hombre más bueno del mundo... Estoy segura. Tú serías el marido ideal para una mujer que no tuviese nada que hacer. Toma... Guárdate tus doscientos francos, porque... a mí me gusta también mucho que charlemos los dos.

EDU. ¿De veras?

COL. ¿Qué hiciste ayer noche, dime?

EDU. ¿Anoche? Estuve en el cine.

COL. ¿Era bonita la cinta?

EDU. Magnífica. La vida amorosa de Elena de Sparta... Ya sabes... La bella Elena... Preciosa.

COL. A propósito de cines... Me recuerdas que tengo un arbitraje a las seis... Se trata de una casa de películas... Voy a llegar tarde... ¿Tienes algo que hacer ahora?

EDU. No.

COL. Entonces vas a llevar esa ropa al modisto. Dile los arreglos que tiene que hacer... Ya has visto cómo está.

EDU. Sí, sí... Las mangas. *(Imitando los ademanes.)*

COL. Eso es... Di que las ensanche quince o veinte centímetros. ¿Qué? ¿Estás contento?

EDU. Muy contento.

ART. *(Entrando.)* La doctora Kramer...

COL. Que pase... Que pase en seguida. *(Vase Arturo.)*

EDU. Hacía mucho tiempo que la doctora no nos molestaba con sus visitas.

COL. Ya sé que no te es simpática mi amiga Magdalena.

EDU. No... Desde luego... Y su marido, menos. A mí no me gustan las mujeres que trabajan ni los hombres que se divierten.

ESCENA VII

COLETTE, MAGDALENA *y* EDUARDO

MAG. Buenos días, amigos míos. *(Se besan.)*

EDU. Hola, señora doctora.

MAG. Mala cara tiene usted, Eduardo...

EDU. ¿Mala cara? Pues estoy muy contento y soy muy dichoso.

COL. Sí; pero llegas a punto... Debías reconocerle.

EDU. ¡Antes, la muerte!

MAG. ¿Por qué? Justamente ahora tengo tiempo... *(A Colette.)* ¿De qué se queja? ¿Del hígado? ¿De los riñones?

COL. Sí, sí... Reconócele...

MAG. Vamos a ver. *(Reconociéndole.)* ¿Dónde siente usted el dolor? ¿Aquí? ¿Aquí? ¿Le han analizado a usted la sangre?...

EDU. No, no, señora... *(Dominándose.)*

MAG. Hágasela usted analizar y lléveme el análisis...

EDU. Eso es... Se le llevaré un día que vayamos a tomar el te en su casa...

MAG. Yo no doy tes. Ya lo sabe usted. Vaya usted a verme a mi gabinete de consulta para que yo pueda reconocerle bien.

EDU. ¡Será delicioso!

MAG. Entretanto ponle a régimen, ¿sabes? Pescados blancos, verduras, agua...

EDU. *(Desde la puerta contemplándolas.)* Y el caso es que... es muy bonita... No, no, las dos... las dos son muy bonitas... ¡Qué lástima!

MAG. *(Saca un carnet.)* Pasado mañana le espero a usted con el análisis... a las seis... Es mi hora de consulta.

EDU. No iré.

MAG. ¿Por qué?

EDU. Porque si necesito que me reconozcan, me reconocerá un señor viejo y calvo, con levita y gafas, ¿comprende usted? Un doctor. Vamos, lo que yo creo que es un doctor... Ya lo sabe, amiga mía... a los pies de usted. *(Vase furioso.)*

ESCENA VIII

COLETTE *y* MAGDALENA

MAG. *(Asombrada.)* ¿Qué le pasa a tu marido?

COL. Que no le gustan las mujeres que trabajan... Él quisiera que yo le acompañase al cine y a paseo...

MAG. Pero, entonces, Eduardo, ¿no tiene nada que hacer?

CÓL. De sobra lo sabes.

MAG. Ya sé que es rico, pero mi marido es rico también y me deja trabajar tranquilamente. Él tiene su casino... sus partidas de juego... sus distracciones...

COL. ¿Cómo? ¿Sus distracciones? ¿Pero, tu marido te engaña?

MAG. Afortunadamente. ¿No ves que yo estoy ocupadísima el día entero?... A mí me conviene que se distraiga. Lo único que le tengo dicho es que use un nombre supuesto para sus aventuras... ¿Comprendes? Podría perjudicarme a los ojos de la clientela. Y he sabido que con sus amigas se hace llamar el Conde de Pauli. ¿Por qué no aconsejas tú a tu esposo que se busque una distracción?

COL. Pues mira, es una idea que... la verdad... no se me había ocurrido.

MAG. Piénsalo... Es muy práctico.

CÓL. Eso depende del marido... Yo tengo la seguridad de que Eduardo es incapaz de engañarme. Mi marido me quiere.

MAG. El mío también me quiere, pero yo no puedo hacerle caso...

COL. A mí no me parece tan natural.

MAG. Tú eres demasiado exigente y demasiado orgullosa... No es posible ser a un tiempo eminencia y mujer de su casa. Hay que elegir.

COL. ¿Pero has venido para darme un curso de filosofía conyugal?

MAG. No... He venido para llevarte a dar un paseo. Tenía una consulta a las siete, pero me han dicho que el enfermo no ha podido esperar y ha muerto... Es una suerte. Así podré tomar un poco el aire.

COL. Yo tengo un arbitraje a las seis... Y ya son. Me voy...

MAG. Te llevo.

COL. Te lo agradezco porque no tengo coche... *(Abre la puerta y llama.)* ¡Valentín!

VAL. *(Entrando.)* ¿Llamaba usted? Buenas tardes, señora doctora.

COL. Me voy. Luego vendrá una joven, la señora de Poncel, que traerá unas cartas. Dígala que me espere. Vendré dentro de una hora.

VAL. Todavía hay un señor esperando en el salón.

COL. ¡Ay!, es verdad... Pero es igual, porque creo que está durmiendo.

VAL. Acaba de despertarse y pregunta si le recibirán hoy.

COL. ¿Sí? Pues recíbale usted... Yo estoy harta... Deme usted el abrigo.

VAL. ¿El abrigo? *(Le ayuda a ponérselo.)*

COL. ¿Pero qué es eso? ¿Sigue usted en las nubes? *(A Magdalena.)* Aquí le tienes... Está enamorado.

VAL. ¡Por Dios, señora!

MAG. Pues si está enamorado, no cumplirá con su obligación.

COL. Ya puedes asegurarlo...

MAG. ¿Y de quién se ha enamorado?

COL. De una casada... *(Magdalena y Colette vanse.)*

ESCENA IX

VALENTÍN *y* RASTABUL

VAL. *(Valentín, solo, suspira, recoge la toga y la abraza; después la mete en la caja.)* ¡Su toga! *(La aspira con amor.)* No... Su perfume no, porque no se la ha

puesto todavía... *(Abre la puerta.)* Pase usted, caballero... ¿Oye usted?... que puede pasar... ¿Qué espera usted?

RAS. *(Entrando.)* ¿Qué espero? Llevo aquí cinco horas, ¿y me pregunta usted qué espero? Espero que me reciban, caballero.

VAL. Pues ya está usted recibido... Siéntese... ¿De qué se trata?

RAS. Pero... es que me habían dicho que el abogado era una señora.

VAL. Y es una señora... ¡Vaya! ¡Y qué señora!

RAS. Pues a quien yo quiero hablar es a ella.

VAL. Eso no es fácil... No se habla así como así con ella... Le recibo yo... y ya está bien.

RAS. ¡Ah! ¿Y quién es usted? ¿Su marido?

VAL. No, señor... ¡Por desgracia! Soy el secretario... Siéntese... Le escucho.

RAS. Es que lo que tengo que decirla es tan confidencial.

VAL. Es lo mismo... Lo que usted la dijera hoy... me lo diría ella mañana.

RAS. Le advierto a usted que traigo aquí una carta de recomendación... *(Se la da.)*

VAL. ¿De quién es?

RAS. De Martín *Ojo de Tigre,* el apache que mató a una portera a martillazos y salió absuelto.

VAL. ¡Ah! Sí... Es verdad... Un crimen pasional. ¡Qué defensa hicimos!... ¿Y le presenta a usted? Es una excelente recomendación... Veamos. ¿A quién ha matado usted?

RAS. Yo no he matado a nadie, caballero. Me llamo José Rastabúl y mis relaciones con ese joven apache son recientes y accidentales. Anoche, al llegar a mi casa, le sorprendí en el momento que trataba de robar... Nos pusimos de charla y me refirió su vida, sus crímenes... ¡Cómo me habló de esta señora Colbert, su abogada! ¡Con cuánta gratitud! Y

como a mí me hace falta un abogado, le pedí unas líneas de recomendación.

VAL. Perfectamente... Puede usted hablar.

RAS. Verá usted... Yo estoy enamorado.

VAL. Como si lo viera... Está usted enamorado y no le corresponden...

RAS. Sí, señor, me corresponden.

VAL. ¡Ah! Tiene usted más suerte que yo... Porque yo también estoy enamorado, pero sin esperanza. Y no puede usted figurarse lo que sufro...

RAS. *(Dulcemente).* Pero ¿entonces he estado esperando cinco horas para escuchar a usted sus historias de amor?

VAL. Tiene usted razón. Hable usted...

RAS. Seré breve... Quiero a una joven, he pedido su mano, me la han concedido, pero me han impuesto una condición. Tengo que aportar 150.000 francos para interesarlos en los negocios de mi suegro futuro, que van bastante mal.

VAL. Comprendo. ¿Usted quiere entablar un pleito contra su futuro suegro?

RAS. Nada de eso. A mí no me importa perder esos 150.000 francos. En primer lugar porque no los tengo y luego porque mi novia merece eso y mucho más.

VAL. Entonces...

RAS. Déjeme usted hablar... Estoy aquí para hablar yo... Mire usted, desde hace quince años soy cajero de la casa Bullón. El señor Bullón me quiere mucho y me ha ofrecido un legado de 150.000 francos a la hora de su muerte.

VAL. Ya sé... Usted no ha tenido paciencia para esperar y le ha asesinado usted... Es un asunto vulgar.

RAS. No, señor... Le he dicho a usted que yo no he matado a nadie. El señor Bullón se ha muerto ayer sin que yo haya intervenido en su fallecimiento para nada.

VAL. ¡Ah!

RAS. Al enterarme, como yo tenía las llaves de la caja, abrí el testamento y, ¿a que no sabe usted lo que me encontré? Pues me encontré con que Bullón no me deja más que 40.000 francos.

VAL, ¡Hola!

CAS. Figúrese usted mi indignación y mi desesperación. ¡40.000 francos!... Me quedo sin Isabel, porque no me conceden su mano si no aporto los 150.000 francos.

VAL. ¡Ya, ya! ¿Y qué quiere usted que hagamos nosotros?

CAS. ¿Cómo? Yo quiero que me defiendan ante los Tribunales.

VAL. ¡Oh! Los Tribunales... ¡Si usted supiera!

CAS. Yo quiero los 150.000 francos... Necesito los 150.000 francos. Le digo a usted que el señor Bullón me los ha prometido delante de testigos... Estaba su cocinera, Eulalia, que es sorda. Y el señor Morcel, que falleció hace un año...

VAL. Bien, bien... Usted lo que quiere es impugnar un testamento sin una sola línea escrita del difunto.

CAS. Exactamente.

VAL. Pues hemos hecho muy bien en ahorrar la visita a la señora Colbert, porque a la señora Colbert no le gusta que se burlen de ella.

AS. *(Apurado)*. Yo no me burlo de nadie, caballero... se lo aseguro. Yo creo de buena fe que tengo derecho a reclamar.

AL. Está usted equivocado. No tiene usted ningún derecho.

AS. ¿Ninguno? ¡Todo esto es espantoso! Usted está enamorado también... Usted debe comprender mi situación. Hace tres años que Isabel y yo esperamos esta herencia. A mí me mata este golpe.

AL. *(Compasivo)*. Crea usted que lo siento... Le compadezco a usted. Pero, ¿no habrá error? ¿La letra del testamento está clara? ¿Los cuarenta mil francos están en cifras o con todas sus letras?

RAS. No, no... En cifra. Un cuatro y cuatro ceros des
pués. Estoy seguro... Los he contado bien.

VAL. ¡Mala suerte! Porque si hay un cero más... Cinc
ceros en vez de cuatro... Entonces serían cuatro
cientos mil francos.

RAS. ¡Una friolera! Daba los 150.000 a mi suegro y m
quedaban 250.000 para vivir tranquilamente co
mi mujer...

VAL. Dos vidas rotas... Total por un cero... Por un sim
ple cero...

RAS. Que podría habérsele olvidado poner.

VAL. ¿Qué edad tenía el señor Bullón?

RAS. Ochenta y dos años.

VAL. ¡Ah! Entonces es que se le ha olvidado poner e
cero...

RAS. No crea usted, que bien pudiera ser... En las car
tas que escribía últimamente dejaba siempre la
palabras sin terminar. Discretamente yo, al repa
sarlas, agregaba las sílabas que había olvidado..
(Una pausa). Si yo agregase en el testamento u
cero... un simple cero...

VAL. ¡Hombre!

RAS. ¿Qué? Un cero...

VAL. ¿Qué cero?

RAS. El cero que se le olvidó poner...

VAL. Mire usted... Ese sería un pleito interesante.

RAS. ¿Un pleito?

VAL. ¿Qué fortuna ha dejado el señor Bullón?

RAS. Setecientos mil francos.

VAL. ¿Tiene herederos?

RAS. Dos sobrinos.

VAL. Sería un pleito interesante. Los sobrinos impug
narían el testamento.

RAS. ¡Eso sí!

VAL. Desde luego... Protestarían...

RAS. Todo eso sería muy molesto.

VAL. Pero nosotros nos defenderíamos.

¿Usted cree?

¡Digo! Y es casi seguro el éxito. ¡El pleito lo ganaríamos!

Entonces yo no debo dudar.

¿Eh?

¡Claro! Mi deber es agregar el cero que falta... Nunca le agradeceré bastante al apache que me haya recomendado a esta casa. Ahora mismo voy a reparar el olvido del señor Bullón. Un cero... Ya lo ve usted. Un simple cero... ¿Cuánto debo pagar?

Ya se le pondrá la minuta. Esto no tiene importancia.

No sabe usted lo contento que me voy... Gracias a usted podré casarme con Isabel y seré felíz... Feliz... Hasta la vista, caballero... ¡Feliz por un cero!

Vaya usted con Dios... *(Vase Rastabul.)*

ESCENA X

VALENTÍN, *luego* ARTURO, *después* CECILIA.

¡Ah! El amor... ¡Las cosas que hace el amor! En fin... trabajemos... ¿Dónde he puesto yo el Diccionario de la Rima? *(Abre un expediente.)*

La señora Poncel...

¿Eh?

La señora Poncel...

¡Ah! Sí... Que pase... *(Arturo introduce a Cecilia y vase.)* Buenas tardes. La señora Colbert ha tenido que salir, pero ha dejado dicho que la espere usted Yo soy su secretario... Tome usted asiento...

Gracias. *(Cecilia se sienta lejos de Valentín. Este escribe.)*

Yo creo que me ha salido muy bien... A ver, señora... Dígame usted si esto está bien...

«¿No fijarás en mi tus ojos compasivos?
¿No querrás ver que estoy como siempre a tus

(pies?

Soy el pobre gusano que contempla una estrel
la sombra que te sigue y será siempre fiel.»

CEC. ¿De veras?

VAL. No me ha salido mal, ¿verdad?

CEC. ¡Vaya, es muy bonito!

VAL. ¿Sí?

CEC. Eso del gusano es muy gracioso.

VAL. Es una imagen...

CEC. Está muy bien.

VAL. Pues verá usted éstos...
«Tus cabellos son negros y tus manos son bla
(cas

CEC. No... Eso no es verdad.

VAL. ¿Eh?

CEC. ¡Claro! Yo soy rubia... no se ha fijado usted?

VAL. ¡Si no se trata de usted, señora!

CEC. *(Decepcionada.)* ¡Ah!

VAL. No señora... Yo quiero ver si estos versos co
mueven a una mujer, a la mujer que yo adoro
que no se parece a usted...

CEC. Comprendido.

VAL. Si usted se encontrara estos versos en su bolso
¿Qué pensaría usted?

CEC. Pensaría que pierde usted el tiempo inútilment
Si cada vez que un hombre quiere a una muj
tuviera que torturarse el cerebro como usted... n
se llegaría nunca a nada práctico.

VAL. *(Compasivo.)* Eso depende de la mujer... Perdon
usted, señora... Voy a continuar en mi despacho.

ESCENA XI

CEC. *(Sola.)* Y el caso es que no está mal el hombr
¿Será casado? *(Abre un periódico. Eduardo entr
en escena con sombrero, gabán al brazo y bastón.)*

EDU. *(Buscando la caja.)* ¿Dónde han dejado la caja d
modisto?

CEC. Buenas tardes, caballero. *(Saludando sorprendido.*

EDU. Señora...

EC. ¿Usted es el caballero que estaba antes esperando en el salón... ¿Esperaba usted a la abogada? ¿A la señora Colbert?

DU. ¿Que si la esperaba? Ya lo creo. La estoy esperando desde hace siete años.

EC. ¡Ah! ¿Es un pleito grande el que usted tiene?

DU. Como que no se le ve el fin.

EC. ¡Bah! No se apure usted. Con una defensora como la señora Colbert usted ganará el pleito.

DU. ¡No estoy yo tan seguro!

EC. ¿No está usted contento de ella?

DU. No mucho.

EC. Me asombra usted. A mí me ha hecho una impresión excelente. Es una mujer de talento. Y, además, bonita, muy bonita.

DU. Sí... es verdad. Muy bonita.

EC. ¿Por qué habrá querido ser abogada? Yo lo comprendería si se tratase de una mujer fea... que no tuviese quien la mirase a la cara... Pero la señora Colbert...

DU. Pienso lo mismo que usted.

EC. A lo mejor es una mujer desengañada... Hay mujeres obligadas a ganarse la vida por culpa de un desengaño. Se habrá casado con algún holgazán, un imbécil o un sinvergüenza que la hará trabajar a la fuerza para gastarse el dinero que ella gana. Yo no me lo explico de otro modo.

DU. *(Aparte.)* ¡Qué agradable es oir estas cosas! *(Alto.)* Se engaña usted, señora. El marido de la señora Colbert es una persona decente.

EC. ¿Le conoce usted?

DU. ¡Muchísimo!

EC. Entonces no lo comprendo. A mí me gusta que las mujeres sean mujeres.

DU. Y a mí... A mí también...

EC. Antes de conocer a la señora Colbert me daba igual... ¿Comprende usted? Una abogada para mí

es un hombre... Pero luego ví que entendían e pleito a las mil maravillas. Y no era fácil de fenderme... Porque se trata de un divorcio... M marido me sorprendió... Pero usted perdone; l estoy contando estas cosas... Y... ¿Viene usted también para un divorcio?

EDU. No, no... Yo vengo por varias cosas..: un auto que no marcha, una cocinera que se va, una tía que se quiere morir...

CEC. ¡Ah! Ya... Se trata de muchas cosas...

EDU. ¡Oh! ¡Muchas!

CEC. ¡Claro! Pero muy complicado... un asunto que dura ya siete años...

EDU. Dígame... ¿Por qué ha engañado usted a su marido?

CEC. Verá usted... Al principio, porque creí que me gustaba otro, pero después de hablar con la señora Colbert, ya sé la verdadera razón.

EDU. ¿Sí?

CEC. Sí, señor, sí... He engañado a mi marido porque trabaja demasiado en sus cosas, porque no quiere dar hijos a la patria... En el matrimonio parece ser que el que abandona sus deberes es el responsable de todas las culpas.

EDU. ¡Hola! ¿Y ha sido la señora Colbert la que le ha dicho a usted esas cosas?

CEC. Sí, señor... Yo he reflexionado después, y veo que es verdad... Mi marido trabajaba demasiado y yo me aburría. Crea usted que yo no hubiera pensado nada malo nunca si no me hubiese dejado siempre sola. Pero, qué quiere usted. Yo sola a paseo, sola al teatro, sola de visita... No es nada agradable...

EDU. *(Convencido.)* No es agradable, no, señora... Afortunadamente ahora, para no estar ya tanto tiempo sola, busca usted una compañía.

CEC. ¡Cá! No señor. Me ha dejado plantada. No tengo

suerte... Este ha hecho lo que los demás. Y, créame usted... Me aburro... Si usted supiera lo que me aburro... Yo necesito tener alguien al lado para charlar, para pasarlo agradablemente... Mire usted, anoche estuve en un cine viendo una película preciosa... Me hubiera gustado tanto tener al lado un hombre al que quisiera...

EDU. ¿Qué película vió usted?

CEC. «Don Q hijo del Zorro».

EDU. ¡Ah! No estábamos en el mismo.

CEC. ¿Usted también fué al cine anoche?

EDU. Sí... Pero solo también.

CEC. Si lo hubiésemos sabido... Y al salir del cine ¿qué hizo usted?

EDU. Me fuí a tomar un helado.

CEC. Yo me hice chocolate en casa.

EDU. ¿A media noche?

CEC. ¡Vaya! A mí me gustan mucho las cosas de cocina. Yo he nacido para ser mujer de mi casa. Si me hubiera casado con un hombre que se ocupara de mí un poco, a mí no se me hubiera ocurrido nada malo... Pero, ¡claro! tener limpia y cuidada una casa donde no viene nadie... Acaba una por buscar a cualquiera.

EDU. Es verdad. Y cuando no quedan más que tres servilletas, va usted misma a comprar más...

CEC. Yo no espero a que no queden más que tres... Y no voy a los comercios de lujo, sino al almacén, donde las compro más baratas. *(Eduardo la contempla largamente. Luego, muy despacio, se aproxima y la abraza.)*

CEC. *(Sorprendida, pero sin protestar.)* ¡Eh! Pero caballero... ¿Qué le ha pasado a usted?

EDU. Nada... Que me gusta usted. Que la quiero ya...

CEC. ¿Eh?

EDU. Sí, señora. Que la quiero a usted.

CEC. Tiene gracia ésto...

EDU. ¿Cómo se llama usted?

CEC. Cecilia Poncel.

EDU. ¡Delicioso! Cecilia Poncel... Un nombre y un apellido sencillos, burgueses, familiares...

CEC. *(Desconfiada).* ¿Se burla usted de mí?

EDU. ¿Yo? No lo crea usted. La escucho, la saboreo... Hace siete años que no oigo nada parecido. Por fin veo una mujer, que es una verdadera mujer... una compañera modesta, sin inteligencia, sumisa.

CEC. ¿Qué dice usted?

EDU. No se incomode. Aunque usted no lo crea, lo que la digo es un piropo... Voy a decirle a usted por qué la quiero ya. La quiero porque usted no es un ser superior. Porque usted no es un gran hombre. Y nada, nada... Que lo que me está haciendo a mí falta es una mujer como usted. Yo también estoy condenado a ir solo al cine. A mí también me han abandonado. Ya verá usted... Iremos juntos al teatro, y tomaremos juntos el chocolate a media noche. A mí me gusta con delirio el chocolate... y usted... Y usted también me gusta.

CEC. Perdone usted, caballero, pero... antes yo necesito... No es que me desagrade usted, nada de eso. Es que... ¿cómo se llama usted?

EDU. Toma, pues es verdad. Pero escuche usted... Yo no puedo decirla ahora mi nombre. Más adelante...

CEC. *(Muy alegre).* ¿De veras? Eso me gusta...

EDU. *(Sorprendido).* ¿Cómo?

CEC. Sí, sí... veo que adopta usted sus precauciones... Dígame: ¿Es usted casado, por casualidad?

EDU. Sí, vida mía, sí. Soy casado.

CEC. ¡Ay! Cuánto me alegro... Porque la señora Colbert me recomendó mucho que eligiera siempre hombres casados.

EDU. ¡Ah! Ha sido la señora Colbert la que la recomendó...

CEC. Sí.

EDU. Pues, nada, nada... Hay que obedecer a la señora Colbert... Venga usted.

CEC. *(Obedeciéndole maquinalmente).* ¿Dónde?

EDU. No lo sé... Pero nos vamos... *(Mira al reloj.)* Son las siete menos cinco... Cenaremos juntos.

CEC. ¿No espera usted a la abogada?

EDU. Yo no.

CEC. Yo tengo que darle unos documentos...

EDU. Pues métalos usted en este sobre... *(Coge uno de la mesa.)*

CEC. Se ve que conoce usted bien la casa.

EDU. Figúrese usted... Desde hace siete años... Escribe usted «Para la señora Colbert. Urgente.» *(Cecilia, escribe.)* No, no... Colbert con V. *(Aparte.)* No tiene ortografía. Es el colmo de la felicidad. *(Alto.)* Y ahora... Salga usted primero... No conviene que nos vean salir juntos..)

CEC. *(Un poco azorada.)* Sí, sí... Como usted quiera.

EDU. Tome usted un taxi y espéreme abajo...

CEC. Qué prudente es usted y qué bien toma sus precauciones. Decididamente usted es el hombre que yo necesito.

EDU. *(Encantado.)* Una mujer que me admira... No me había sucedido nunca .. Deme usted otro abrazo y salga usted... La quiero... La quiero...

CEC. Yo creo que también... también le voy a querer a usted... *(Vase* CECILIA.)

EDU. *(Solo. Se pone el gabán y el sombrero... Toca el timbre.)* Una mujer sin inteligencia... ¡Qué suerte! *(Entra* ARTURO.) Arturo, usted llevará esa ropa al modisto... Y cuando la señora venga le dice usted que yo no ceno en casa...

ART. *(Asombrado.)* ¿Cómo?

EDU. *(Autoritario.)* ¡Que no ceno en casa.) *(Sale muy orondo y alegre haciendo molinetes con el bastón.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.—Quince días después.—Es por la tarde

ESCENA I

COLETTE *sola; luego* ARTURO; *después* VALENTÍN.

COL. *(Escribe. De vez en cuando se levanta. Repite en voz baja y gesticulando algunas frases como si ensayara un discurso. Vuelve a sentarse. Suena el teléfono.)* ¿Quién? Sí, sí... Soy yo. ¡Ah! Querido compañero... ¿Cómo está usted? Ya sé que usted defiende a la parte contraria. Lo siento, porque estoy segura de ganar. Ya verá usted cómo le condenan... ¿Qué? ¿Cenamos juntos mañana en casa del Presidente? ¿Le han invitado a usted también? Me alegro... Allí nos veremos. Hasta mañana, querido compañero... Adiós. *(Deja el teléfono. Pausa. Va a la derecha, abre la puerta y llama):* ¡Eduardo!.. *(Nadie responde. Vuelve a cerrar).* Es incomprensible... inaudito... Eduardo... No salgo de mi asombro... *(Toca el timbre y se sienta, visiblemente preocupada).*

ART. *(Entrando).* ¿La señora ha llamado?

COL ¿Está bien el reloj?

ART. Sí, señora. Marcha perfectamente.

COL. ¿El señorito no ha venido aún?

ART. No, señora.

COL. ¿Qué tenía yo que decirle a usted? ¡Ah! Hay alguien esperando en el salón?

ART. No, señora. Nadie.

COL. Bien, bien... Retírese. *(Vase Arturo. Colette vuelve a la mesa y se dispone a revisar un expediente.)* Co-

pia de la sentencia... ¡Bah!.. Entre los abajo firmantes... *(De pronto, coje un papel que se desprende).* «¿No fijarás en mí tus ojos compasivos?» Pero esto son versos... ¿Eh? Vaya... Es letra de Valentín. Y son versos... No cabe duda. *(Se levanta y va a la puerta de la izquierda).* ¡Valentín!

VAL. *(Dentro).* Señora...

COL. Haga usted el favor... *(Descontenta).* ¡Vamos! Qué falta de seriedad... Mezclar los versos con los expedientes...

VAL. *(Entrando).* Señora...

COL. *(Enseñándole la hoja de papel).* ¿Qué es esto?

VAL. ¿Eso? Versos.

COL. ¡Ya! ¡Ya! Versos de amor.

VAL. Sí, señora.

COL. Comprenderá usted que se está usted poniendo imposible...

VAL. ¡Señora!..

COL. Está usted enamorado... Escribe versos. Desde luego, está usted en su derecho. Ahora, lo que no se puede tolerar es que los versos anden rodando entre los papeles de los Juzgados... Diga usted de una vez su amor a la dama de sus pensamientos y procure usted trabajar seriamente.

VAL. ¡Ojala! Pero es que ella se enfada.

COL. Muy bien. Pues si se enfada ya sabe usted a qué atenerse. *(Le da el papel).*

VAL. *(Cogiéndolo).* Pero... ¿es que no le gustan a usted mis versos?

COL. No me he molestado en lerlos...

VAL. Es que eran para usted.

COB. *(Sorprendida).* ¿Para mí..? Pero, ¿está usted loco? Eso no es posible...

VAL. Sí, señora; es posible.

COL. Pero, entonces... ¿es de mí de quien está usted enamorado?

VAL. Sí, señora.

COL. ¿Y tiene usted el tupé de decírmelo?

VAL. Usted misma acaba de aconsejármelo... Por eso se lo digo.

COL. ¡Pobre amigo mío! ¿Pero usted no ve que yo no soy una mujer?

VAL. ¡Oh! Ya lo creo...

COL. Pero, ¿cómo le ha acometido a usted esa enfermedad?

VAL. Viéndola... Escuchándola...

COL. ¿Y desde cuándo..?

VAL. Desde hace diez meses... Desde que llegué aquí.

COL. Es asombroso.

VAL. No... Es muy natural. Claro... Usted no se da cuenta.

COL. ¿De qué?

VAL. El talento que usted tiene... Su manera de hablar. Es usted un gran abogado y, sin embargo, es usted deliciosa... A las mujeres como usted no se atreve uno a decirlas que las quiere, pero se las adora... Yo hubiera querido pasar toda mi vida adorándola en silencio, sin decirla una palabra. Pero... las circunstancias... esos versos... sus consejos... De todos modos, yo la pido que me perdone...

COL. Muy bonito, muy bonito... Y aquí me tiene usted ahora obligada a ponerle de patitas en la calle.

VAL. ¡Oh! Señora.

COL. ¡A ver! La vida ahora sería imposible... Tanto para usted como para mí. Cada vez que se acerque usted a mí tendré que pensar... Y luego, que cuanto más me vea usted, más se agravará la enfermedad. Nada, nada... Tiene usted que marcharse...

VAL. *(Desesperado).* ¡Dios mío!

COL. Yo trataré de buscar otra situación para usted. Le recomendaré a algún compañero... Sí... Justamente. Barbotín busca un secretario. Me lo dijo ayer.

VAL. Señora, por Dios; no me eche usted... No me aleje de aquí. Me moriría... Estoy seguro...

COL. Vamos, hombre... Usted no sabe lo que dice.

VAL. Créame usted... Este amor tan torpemente confesado por mí, yo le ocultaré. ¡Nunca! Nunca más hablaré a usted de él. No la molestaré... No la importunaré... No se enterará usted de que existe. Le guardaré para mí y se convertirá en laboriosidad, en celo, en puntualidad. Trabajaré con amor, con pasión, con verdadero fervor.

COL. Es usted un chiquillo. En fin... lo intentaremos. Quédese.

VAL. *(Encantado.)* ¡Ah! Señora.

COL. Pero con una condición.

VAL. Las que usted quiera.

COL. Es menester que esa pasión, ese frenesí, no resulten baldíos... Le doy a usted de plazo ocho días para que se busque una novia.

VAL. ¡Señora! Por Dios.

COL. Nada, nada... Una novia... Es el mejor derivativo. Y ahora vaya usted a recoger los autos de casa del Procurador...

VAL. Al momento...

COL. Y la contestación a la demanda que pusimos ayer...

VAL. Lo que usted mande... *(Entra* ARTURO)

COL. ¿Qué pasa?

ART. El señor Rastabul está en el salón...

COL. ¿Quién? ¿Rastabúl?... Me suena ese nombre... ¿Quién es?

VAL. Es un señor que habló aquí conmigo hace quince días... Ya la expliqué a usted el asunto... Tiene usted ahí la nota... Es el del cero en el testamento..

COL. ¡Ah! Sí... Ya recuerdo...

VAL. Probablemente los herederos habrán protestado.. De seguro que viene por eso... ¿Tiene usted algo más que mandarme?

COL. No, nada más.

VAL. Hasta ahora mismo... Son las cinco... Volveré en seguida...

COL. ¿Las cinco ya?

VAL. En punto. *(Vase.)*

COL. ¿Usted también tiene las cinco, Arturo.

ART. Sí, señora... Esa hora es...

COL. *(Mirando su reloj.)* Y yo... Yo también tengo las cinco. Qué raro, ¿eh? Tres relojes que marcan la misma hora.

ART. Eso prueba que es la exacta.

COL. Es verdad... ¿A qué hora salió el señorito esta mañana.

ART. A eso de las once... Se fué con el señor Kramer, que vino a buscarle...

COL. ¿Con el señor Kramer?

ART. Sí, señora...

COL. Sale mucho ahora el señorito con el señor Kramer, ¿verdad?

ART. Sí, señora. Desde hace unos quince días salen juntos con frecuencia... Deben tener algún negocio.

COL. *(Pensativa.)* Sí, sí... Está bien, Arturo... Diga usted al Sr. Rastabúl que pase.

ART. En seguida. *(Abre la puerta, introduce a* RASTABUL *y vase* ARTURO.)

COL. ¡Qué raro! ¡Con Kramer!

ESCENA II

COLETTE *y* RASTABUL.

RAS. ¿La señora Colbert?... El abogado...

COL. La misma, caballero...

RAS. ¡Ah! Cuánto me alegro... Prefiero hablar con usted mejor que con su secretario...

COL. Siéntese... Estoy enterada de su asunto...

RAS. No... Eso sí que no...

COL. ¡Vaya! El testamento del Sr. Bullon... Los amores de usted... La recomendación de Martín *Ojo de Tigre*... Tengo aquí una nota con todos los deta-

lles... ¿Y qué? ¿Los herederos habrán impugnado el testamento?

RAS. No, señora... Mi asunto ahora es mucho más grave... Parece ser que uno de los herederos tiene una carta del Sr. Bullon, escrita el mismo día en que murió, en la que dice que a mí me deja en su testamento cuarenta mil francos.

COL. Pues eso empeora la situación...

RAS. De la carta han deducido que el último cero era postizo y han presentado una querella contra mí, por falsificación de documentos...

COL. No me gustan esos negocios...

RAS. Ni a mí... a mí tampoco...

COL. Esos procesos son muy lentos... Hay que acudir a los peritos, las discusiones son interminables... Ha estado usted muy poco acertado en lo que ha hecho señor Rastabúl.

RAS. Es cierto. Ahora me doy cuenta... Pero su secretario me dió la idea y confieso que me pareció magnífica.

COL. No me sorprende... Pero mi secretario hace muchas tonterías... ¡Hasta escribe versos!... ¿Quiere usted decirme que hora tiene?

RAS. Las cinco y diez.

COL. ¡Es increible! *(Reflexiona un instante y luego descuelga el aparato del teléfono).* ¿Permite usted?...

RAS. ¡Señora, por Dios!

COL. Segur... 22-64. *(A Rastabul.)* He defendido una vez un asunto de falsificación... Unos cheques falsos... y me condenaron al máximun.

RAS. ¿Sí? Qué bonito antecedente.

COL. *(Al teléfono.)* Llamen a la doctora Kramen de parte de la Sra. Colbert... Sí. ¿Eres tú, Magdalena?... Yo, sí... ¿Te molesto? Si puedes venir un momento te lo agradeceré... No, no me encuentro bien... Es decir, sí..., estoy bien... Pero parece que todo me dá vueltas... Gracias... Eres muy buena. Te es-

pero entonces, ¿eh? Sí... Enseguida. *(Aparte.)* Así podré enterarme de lo que sucede. *(Cuelga el aparato.)*

RAS. Ya veo que he llegado en mala ocasión...

COL. ¿Por qué?

RAS. He oído que se siente usted mal...

COL. No...

RAS. ¿Pero eso de las vueltas?...

COL. Le he dicho a una de mis amigas para que venga pronto. No estoy enferma. Lo que me ocurre es que estoy bastante preocupada.

RAS. Lo comprendo. El caso mío es para preocupar.

COL. *(Pensativa.)* Después de todo, ne sé por qué estoy intranquila. Se habrá entretenido con algunos amigos.

RAS. ¿Quién?

COL. Mi marido.

RAS. ¡Ah! Veo que el personal de este bufete tiene la manía de contar a los clientes sus intimidades. A mi me parece que deben ser los clientes los que refieran...

COL. Tiene usted razón... Hable... ¿Qué cree usted que debemos hacer? *(Completamente distraida.)*

RAS. Eso es lo que yo deseo preguntarle a usted.

COL. Ah, si. *(Aplomándose.)* Puede usted estar seguro de que yo afirmaré que el cero que usted agregó es del señor Bullon. Pero ¿y si los peritos afirman lo contrario? ¿Qué quiere usted que haga yo? Aunque lo echemos por el lado sentimental y hable de Isabel, de su amor, del matrimonio... me responderán que usted solo necesitaba 150.000 francos... ¡No cuatrocientos mil! Y fallarán diciendo que es usted un estafador vulgar...

RAS. ¿Yo? Señora... Yo he sido siempre un hombre honrado.

COL. Eso es lo que me será difícil sostener... ¡Ah! Si hubiera usted fracturado la caja del señor Bullón

para robar los ciento cincuenta mil francos, pero los ciento cincuenta mil francos justos que exigía su suegro... y si se los hubiera usted arrojado a los pies para presentarse pobre y sin un céntimo delante de su prometida...

RAS. ¿Sin un céntimo?

COL. ¡Claro! Ese sería un delito interesante... Defendible... Se me ocurrirían mil cosas... El Tribunal le absolvería, estoy segura...

RAS. ¿De veras?...

COL. No lo dude usted.

RAS. *(Tranquilamente).* Pues yo creo que todavía estoy a tiempo de hacer eso.

COL. ¿Eh?

RAS. Una gran parte de la fortuna del señor Bullón está en la caja en valores al portador...

COL. *(Distraída).* ¿No ha oído usted un coche?

RAS. No... No he oído nada...

COL. Bien, bien. Continúe usted.

RAS. Digo que no tengo necesidad de fracturar la caja porque tengo la llaves... El Juzgado ha puesto unos sellos, pero se pueden quitar con facilidad... Es un pedazo de papel insignificante. Yo puedo abrir la caja y apoderarme de ciento cincuenta mil francos justos...

OL. ¡Ah! Eso, sí... Ni un céntimo más.

AS. Esté usted tranquila... Yo soy un hombre honrado. Cojo los ciento cincuenta mil francos y se los arrojo a mi suegro. Después me presento delante de mi prometida como usted me aconseja... Todo esto está muy bien, pero me parece que no evita la querella por falsificación que a usted tanto la preocupa.

OL. Espero... *(Reflexionando).* La querella no tendrá razón de ser...

AS. ¿No?...

OL. Naturalmente. Un gesto destruye el otro... Si

usted roba ciento cincuenta mil francos, no tien
usted necesidad de agregar el cero en el testa
mento. Así, pues, yo sostendré que todos lo
ceros de los cuatrocientos mil francos han sid
escritos por el propio Bullón en persona. Esto e
clarísimo.

RAS. *(Sin entusiasmo)*. ¡Clarísimo!

COL. Y en cuanto a los ciento cincuenta mil franco
ya sé lo que voy a hacer... Defenderé la no culpa
bilidad de usted... Sostendré que no es uste
el que los ha robado.

RAS. ¿Cómo?

COL. Sí, hombre... Fíjese usted bien... Ya he demostra
do que el señor Bullón ha escrito todos los cero
y le ha dejado a usted cuatrocientos mil francos.
¿Para qué iba usted a robar ciento cincuenta mi
teniendo derecho a cuatrocientos mil? Y ahí tien
usted cómo la querella por robo tampoco podr
prosperar... Se cae por su propio peso... Es u
asunto magnífico... magnífico... Será un éxit
enorme para mí.

RAS. *(Aparte)*. Esta gente no piensa más que en su
éxitos.

COL. Nada, nada. Puede usted tener confianza... Conqu
hasta la vista...

RAS. Un momento, señora... Deseo hacerla una pregun
ta... Ya sé que todo se arreglará, pero, de toda
maneras, ¿no cree usted que la acusación de fal
sedad manchará mi buena fama de hombre hon
rado?

COL. ¡Pero si saldrá usted absuelto!

RAS. Ya lo sé, pero...

COL. Amigo mío... Sepa usted que un criminal absuel
to queda más honrado que la persona más de
cente...

RAS. ¿De veras?

COL. La absolución es la prueba de honorabilidad que

no todos tienen. Hoy le presentan a usted a un caballero al que nadie ha acusado de nada nunca. Pero, ¿quién le afirma a usted que aquel hombre no es un canalla? En tanto que si ha sido acusado de algún delito y los Tribunales le han absuelto, no se puede dudar de él. Es un hombre honrado... Tiene la prueba refrendada por una sentencia y las firmas de unos magistrados.

RAS. No cabe duda... ¿Qué debo abonar por la consulta?

COL. Al terminar el proceso se le pasará la minuta.

RAS. Como usted guste... Señora...

MAG. *(Entrando.)* Ya estoy aquí... ¿Qué te pasa, mujer? ¿Estás mala? ¡Ah! Perdone usted...

COL. Este caballero es un cliente... Nos estábamos despidiendo... Vaya usted con Dios, caballero.

RAS. Señoras... *(Vase.)*

ESCENA III

COLETTE *y* MAGDALENA

MAG. Vamos a ver... ¿qué te pasa? Me has alarmado... He dejado la consulta y he venido corriendo.

COL. Eres muy buena... Ya estoy mejor... Pero cuando te telefoneé no sé lo que me pasaba... Todo me daba vueltas...

MAG. *(Tomándole el pulso).* Trabajas demasiado... E pulso no está mal... ¿Duermes bien?

COL. Sí, muy bien... Aunque no mucho.

MAG. Hay que dormir... A ver la lengua... *(Se la enseña).* Tampoco está mal... Yo te aconsejaría que paseases mucho y luego que te fueras tres meses a Suiza... Pero te vas a reír del consejo.

COL. No, reirme no... Pero tú sabes muy bien que es imposible que me vaya...

MAG. Lo sé, y volveremos a hablar de este plan dentro de unos cuantos años... Cuando la enfermedad no tenga remedio. A mí me sucede lo mismo que a tí. También necesitaría algún tiempo de reposo...

En fin, te recetaré... ¿Te gusta el agua de Evian?

COL. Sí...

MAG. Pues vas a tomar un vaso todas las mañanas con diez gotas de ácido fosfórico. *(Escribe).* Aquí te dejo la fórmula.

COL. *(Después de una pausa).* ¿Y tu marido?

MAG. Bien debe estar...

COL. ¿No te ha hablado nunca del mío?...

MAG. ¿De tu marido? ¿Por qué me lo preguntas?

COL. Porque desde hace unos días creo que se han hecho íntimos amigos... ¿No lo sabías?

MAG. Sí... Pero ignoraba que lo supieras tú...

COL. ¡No lo he de saber! ¡Vaya! Ni que estuviera ciega... Y prefiero que sea tu marido el educador de Eduardo, porque él tiene experiencia...

MAG. Entonces... ¿Eduardo te ha puesto al corriente?...

COL. Si fuí yo la que le aconsejé... ¿No recuerdas lo que hablamos tú y yo el otro día?

MAG. Sí, sí... pero...

COL. Tú me aconsejaste... Y tenías razón... Ahora Eduardo se divierte fuera de casa... Y me deja más tranquila...

MAG. ¿Lo ves? No sabes lo que me alegra saberlo... ¿No te ha dicho lo que les ocurrió ayer? ¡Tiene gracia!

COL. No... No le he visto hoy todavía...

MAG. ¿Que no le has visto? ¿Es que no ha dormido esta noche en casa? Eso no lo debías permitir... Bueno está lo bueno, pero no tanto...

COL. ¿Qué fué, qué fué lo que les pasó?

MAG. Fueron con sus amigas a Maxim's... Mi marido tuvo unas palabras con un americano y le tiró una botella a la cabeza... Eduardo entonces quiso separarlos y a la amiga de tu marido la dió una crisis de nervios tan fuerte que el pobre Eduardo no sabía a dónde acudir...

COL. ¿La amiga de mi marido?

MAG. Sí... El final fué que todos se reunieron en la Co-

misaría... Disputas, reclamaciones, dos espejos rotos, la cuenta sin pagar, etc., etc.

COL. ¿Y quién te lo ha contado?

MAG. Mi marido. Porque, eso sí, mi marido no falta a casa ninguna noche. Esta madrugada vino a las tres, un poco alegre y con un chichón en la frente... Yo le curé poniéndole un poco de *colodion.*

COL. *(Nerviosa).* Es desagradable para nosotras... Porque en la Comisaría habrán tenido que dar su nombre.

MAG. No, mujer... No tengas miedo... Nuestros maridos nos respetan. Allí dieron los nombres del Conde de Faulin y del Barón de Merode, que es tu esposo... No está mal el título.

COL. *(Estallando).* ¡Pero eso es el colmo! ¡El colmo!

MAG. *(Sorprendida.)* ¿Eh?

COL. ¡El colmo! ¡Mi marido! ¡Eduardo! Eduardo me engaña... ¡Se pasea con sus amigas por los *cabarets* ¡Rompe espejos y se emborracha!... ¡No lo hubiera creído jamás!

MAG. ¡Oh! Colette... Eso no está bien...

COL. ¿Qué? ¿He dicho algo que te moleste?

MAG. ¡Me has engañado!...

COL. Perdóname, pero...

MAG. No... No te lo puedo perdonar... ¿Te parece bien? Me haces abandonar mi consulta, me asustas... Me haces creer que estás al corriente de la nueva vida que lleva tu esposo... Y todo para que yo, inocentemente, te lo cuente todito... ¡Ah! No. Ese proceder será bueno para un abogado, pero entre amigas leales no está bien.

COL. ¡Qué quieres! Desde hace quince días vengo observando una conducta extraña en mi marido... Me habla indiferente... se viste con elegancia... Viene a casa tarde... Yo necesitaba saber... ¿Lo oyes?

MAG. Entonces... ¿tú estás enamorada de tu marido?

COL. No lo sé... Lo que quiero es que no me ponga en

ridículo. Lo único que puedo decirte es que no sé lo que me pasa, pero esto no quedará así.

MAG. ¿Serás capaz de hacer una tontería? ¿Serás capaz de vengarte como una mujer ordinaria y vulgar?

COL. Mira, no te burles de mí.

MAG. Pues por eso te aconsejo la indiferencia...

COL. No... Yo conozco la ley... Pediré el divorcio. Yo misma me defenderé... Y ya verás... Empezaré por reclamar la mitad de la fortuna de mi marido... Yo cuando me casé no tenía un céntimo y él me dotó...

MAG. Oye, pues se portó muy bien tu marido...

COL. ¿Tú crees?

MAG. Naturalmente... Eso no lo hacen todos los hombres...

COL. Y en cuanto a la otra midad de la fortuna que le queda...

MAG. ¿Qué vas a hacer?

COL. Como la mayor parte de sus rentas las tiene colocadas en el extranjero y no lo ha declarado a la Hacienda, le denunciaré, y entre la multa, los derechos dobles, los apremios y los recargos le costará millón y medio... Se quedará sin un céntimo y en medio de la calle.

MAG. ¡Eres terrible!

COL. Me defiendo. La Ley me ampara.

MAG. Y todo eso por dos espejos rotos y un ataque de nervios de una amiguita... No pensamos del mismo modo... No nos podemos entender.

COL, Desde luego... Hasta otro rato, Magdalena... Da recuerdos al conde de Paulin.

MAG. Adiós, ansiosa... ¡Tú quieres devorarlo todo! ¡Bah! Ya lo meditarás...

ART. *(Entrando).* La señora Poncel pregunta si la pueden recibir.

COL. Con mucho gusto .. Viene a hablarme de un divorcio... Así practicaré un poco para defender mi caso... ¿Está en el salón?

ART. Sí, señora.

COL. Que pase, que pase en seguida... (*Vase* ARTURO).

MAG. Te dejo...

COL. (*Más dulcificada*). Pero no te irás incomodada conmigo... Eso no... Y para que veas que sigo alguno de tus consejos, esta noche tomaré el vaso de agua de Evian.

MAG. (*Riendo*). Menos mal... Por algo se empieza... (*Vase* MAGDALENA.)

ESCENA IV

COLETTE *y* CECILIA

COL. (*Mira el reloj*). ¡Quién sabe! Puede que haya venido ya... (*Va a la puerta de la derecha y abre*). No... Bueno... Es igual... Trabajemos... (*Abre la puerta izquierda*). Pase usted, señora... ¿Cómo está usted?

CEC. Muy bien, muchas gracias... ¿Sabe usted? Hay novedades...

COL. ¿Sí?... Cuénteme... Cuénteme...

CEC. Mi marido quiere que hagamos las paces.

COL. ¡No es posible!

CEC. Como usted lo oye. Ahora resulta que está enamorado como un loco y no puede vivir sin mí. ¿Qué le parece a usted? Y no se ha enterado de esto hasta que no me ha sorprendido con otro.

COL. Es muy verosímil... Los hombres son capaces de abrigar esos sentimientos abyectos... ¿Y qué? ¿Cómo ha sido? ¿La ha escrito a usted? ¿La ha visto?

CEC. No. Me ha enviado a Marcelo, su socio.

COL. ¿Y qué lo ha dicho usted a Marcelo?

CEC. Que tenía que consultarlo antes con usted.

COL. Perfectamente. Pues bien; yo la prohibo a usted que haga las paces con su marido.

CEC. Como usted mande.

COL. Su actitud es la prueba más evidente de que teme al proceso... Sabe que es el culpable de todo.

CEC. ¿Usted cree?

COL. ¡Vaya! El señor Poncel es un canalla. El señor Poncel la ha engañado a usted siempre.

CEC. ¿Ha averiguado usted algo?

COL. ¿Que si he averiguado? No lo sabe usted bien.

CEC. ¿Qué? ¡Dígame!

COL. Pues he leido sus cartas. Es el estilo que emplean todos los maridos que engañan a sus mujeres y las engañan todos... No, no... No haga usted las paces... Yo la defenderé a usted.

CEC. Me alegro, porque, la verdad, ya hace mucho tiempo que mi marido me es indiferente... Y además, que ahora... tengo un amigo.

COL. ¡Ah! ¿Volvió el que la había dejado?

CEC. No, señora. Ese no ha vuelto ni volverá. Es demasiado miedoso... El que tengo es otro. Y es como usted me lo ha aconsejado.

COL. ¿Yo le he aconsejado a usted? ¿El qué?

CEC. Usted me dijo que cuando hiciera caso a alguien, que fuera casado.

COL. Yo... Sí... Es verdad... pero...

CEC. Pues eso es lo que he hecho.

COL. Bien, bien.

CEC. Es un hombre casado... discreto y prudente como no tiene usted idea... Tardó más de 24 horas en decirme su nombre. Y ahora me lleva a todas partes; a los teatros, a los «dancings», a los «cabarets».

COL. Tenga usted cuidado, porque corre usted el peligro de que su marido la vigile...

CEC. Ya lo sé, ya... Por eso tomo mis precauciones. Mire usted, anoche se empeñó en que fuéramos con unos amigos a una fiesta en un cabaret.

COL. ¿Anoche? Por lo visto anoche los ánimos estaban muy excitados en París.

CEC. Ya lo creo. La fiesta se terminó en la Comisaría pero cuando me preguntaron mi nombre, dije el

de mi amigo. Como se publique en los periódicos y lo lea su mujer... ¡buena se va a armar!

COL. (*Pensativa.*) Diga usted. Y donde... donde fué la fiesta esa?

CEC. En Maxim's.

COL. ¡Ah! Fueron ustedes los que tuvieron no sé qué disputa con un americano?

CEC. (*Asombrada.*) ¡Los mismos!

COL. ¿Rompieron dos espejos? A usted le dió un ataque de nervios?

CEC. (*Estupefacta.*) Sí. ¿Pero, cómo lo sabe usted?

COL. Su amigo se llama el Barón de Merode?

CEC. ¡Ah! ¿Es que le ha contado a usted él mismo? Ya sé que es cliente de usted desde hace mucho tiempo, pero de todos modos hay cosas que no se deben decir a nadie.

COL. ¿Mi cliente?

CEC. ¡Claro! Yo le encontré aquí por primera vez, el día que vine a traer las cartas de mi marido... Me dijo que tiene un asunto con usted que dura ya siete años.

COL. (*Conteniéndose.*) ¡Ah! ¿Le dijo a usted eso?

CEC. Sí... Luego me dió un abrazo y me dijo que me quería mucho... Pero así, de repente... sin avisar.

COL. Así... De repente... Sin avisar... ¡Muy bonito! De manera, señora, que usted elije el momento en que su marido la brinda el perdón, para obsequiarle con una nueva traición? Para añadir una nueva falta a todas las que ya tiene usted que reprocharse?...

CEC. ¿Qué dice usted? ¿Pero es así como va usted a defenderme? La verdad es que no la entiendo. Tan pronto dice usted una cosa como otra...

COL. Verá usted cómo me entiende... (*Llamando*) Eduardo...

CEC. ¿Qué?

COL. Ahora lo verá usted... todo bien claro. Segura-

mente está ahí... Cuando usted ha venido es que él también ha vuelto ya... ¡Eduardo!

CEC. Pero, ¿quién es Eduardo?

COL. ¡Mi marido!

CEC. Yo creo que mis asuntos particulares no le interesan a su marido.

CEC. Un poco. Ya lo verá usted.

CEC. ¿Sí?

ESCENA V

COLETTE, CECILIA *y* EDUARDO

EDU. *(Entrando.)* ¿Me llamas, Colette? ¿Qué quieres?

CEC. *(Estupefacta.)* ¡Ah!

EDU. *(Muy tranquilo.)* ¡Toma! ¿Tu aquí? ¿Cómo estás, Cecilia?

CEC. Bien ¿y tú, *Bebé? (Sin saber lo que dice.)*

COL. ¿Es a tí a quien llama *Bebé?*

EDU. A mí... Me llama así porque dice que tengo la alegría de los chicos pequeños.

COL. *(Indignada.)* Pero... ¡esto ya es el colmo del cinismo!

EDU. ¿Yo cínico? Nada de eso. Franco, franco nada más... Sereno y satisfecho, tranquilo y jovial. No me gustan los tapujos ni los embustes. Y no quiero que entre nosotros tres exista la más ligera molestia. *(Presentándolas.)* ¡Mi esposa!... ¡Mi amiga!

COL. *Indignada.)* ¡Oh!

CEC. ¿Entonces el Barón de Merode?

EDU. Fué un título que inventó para mí el amigo Kramer. Pero es una tontería... Y como alguna vez tenías que enterarte, ya lo sabes... *(A Cecilia.)* Yo me llamo Eduardo Colbert.

CEC. *(Azoradísima.)* Señora... Crea usted que no sé lo que me pasa. Puede usted estar segura... si yo hubiera sabido que Bebé... digo que el Barón... no, no... Eduardo... Bueno... que este caballero

era su esposo... yo no la hubiese a usted dicho lo que la he dicho aquí hace un rato.

OL. Ya me lo figuro.

EC. Y siento más lo sucedido porque ahora tendré que cambiar de abogado.

OU. A menos que aquí... la señora Colbert no quiera poner por encima de todo sus deberes profesionales...

OL. *(Indignada.)* ¡Oh! *(Amenazadora.)* ¡Eduardo!...

OU. Calma. *(A Cecilia.)* Tu retírate ahora, que yo arreglaré este asunto.

EC. Como quieras. *(Saludando.)* Señora, mil perdones. *(A Eduardo.)* Yo no podía figurármelo. En la escalera me va a dar un ataque de nervios.

OU. Bueno, pero procura que te dé en la escalera de tu casa. *(La acompaña hasta la puerta y vuelve.)*

ESCENA VI

COLETTE *y* EDUARDO

OU. *(Dirigiéndose a Colette, ceremonioso).* Gracias por tu sensatez y por tu serenidad. Has comprendido que esa muchacha no es culpable de nada. La infeliz no podía adivinar que yo fuera tu marido. Si alguien merece tus censuras no es ella seguramente. Ni yo tampoco.

OL. La culpa la tendré yo entonces.

OU. Sin ningún género de duda.

OL. Conozco el sistema... Tú acusas antes de que te acusen a tí... Es un procedimiento viejo... Olvidas con quién estás hablando... Conmigo pierdes el tiempo.

OU. Si tú fueras capaz de olvidarte de la abogacía por cinco minutos y pensaras en mujer, nada más que en mujer, verías que yo no tengo necesidad de emplear táctica ninguna y que no merezco reproches, sino gratitud.

COL. Ahora va a resultar que debo darte las gracias por tu acción.

EDU. No... por eso no... Por haber tardado siete años en hacerlo... ¡Por esto sí! Y ten en cuenta que antes de decidirme te avisé, te supliqué...

COL. ¿Que me suplicaste tú?

EDU. Acuérdate el día que te pedí audiencia aquí, como un cliente... Te dije. «Ya no puedo más. Seguramente voy a hacer un disparate». Y no me hiciste caso.

COL. Me contaste una historia de un loco que pegó fuego a su pueblo... Yo no podía figurarme que aquello quería decir: Voy a buscarme una novia.

EDU. No, mujer... Si yo no sabía lo que iba a hacer. Lo único que sabía es que iba a hacer una barbaridad... Y me busqué una novia.

COL. Es una barbaridad más agradable.

EDU. ¡Claro! Y ahora no siento más que una cosa. No haberlo hecho antes.

COL. ¿Eh?

EDU. Sí... Hace mucho tiempo que yo debí separar mi vida sentimental de la tuya...

COL. Pues, hijo mío, nunca es tarde. Y no tengas cuidado... Nuestras vidas van a separarse, pero radicalmente. A mí no me gustan las cosas a medias...

EDU. ¿Quieres que nos divorciemos?

COL. ¡Pero a todo vapor!

EDU. Tienes razón. Eso es lo más sencillo. Ahora bien, no pienses que yo voy a prestarme a cargar con las culpas del divorcio. Mi bondad no llegará hasta ese límite.

COL. ¿Qué dices?

EDU. No creo que pienses echarme a mí las culpas. En fin, esto ya te lo demostrará mi abogado.

COL. ¿Tu abogado? ¿Quién es?

EDU. Ahora no te importa saberlo. Cuando llegue el momento te enterarás. ¡Ah! Y puedes estar segu-

ra... ¡Este pleito no le ganas! Ya lo sabes... Adiós. *(Se dirige a la puerta.)*

COL. Eduardo...

EDU. *(Deteniéndose).* ¿Qué?

COL. Mírame frente a frente... sin rencor... tranquilamente... ¿Qué tienes que reprocharme?

EDU. *(Extiende el brazo y señala el retrato de Colette con la toga).* ¡Eso!

COL. *(Asombrada).* ¿Mi retrato?

EDU. ¡No! El traje... Esa funda negra que se llama toga... Ese uniforme que cuando se le pone una mujer es una muralla, una coraza... ¡un abismo!

COL. Pero, Eduardo...

EDU. Lo que te digo. El otro día te lamentabas porque no iba a oirte los discursos que pronuncias en los Tribunales. ¿Crees tú que es agradable para un marido ir a ver a su mujer disfrazada de hombre y echando discursos?

COL. ¡Oh!

EDU. Sí, sí... Claro, cuando vuelves de esos trabajos forzados, ¿qué es lo que guardas para mí? ¿Qué eres tú? Un guiñapo... sin fuerzas, sin más deseo que uno... Descansar.

COL. Muy bien... ¿Y eso es todo lo que me reprochas? Mi trabajo, mi carrera, mi talento. Yo soy una intelectual y esa es la razón que te impulsa a buscar una amante. Mi mujer trabaja... ¡Yo me voy a divertirme con otras! ¡Es admirable!

EDU. En primer lugar, yo no me divierto... Busco fuera de mi casa la compañera qne en mi casa no tuve la suerte de encontrar... Y además, cumplo tus preceptos.

COL. ¿Cómo?

EDU. ¡A ver! Tú le has dicho a Cecilia... «El cónyuge abandonado puede engañar al otro».

COL. ¡Yo no he dicho eso nunca!

EDU. Si no con esas palabras, esa es la idea. Porque tú

dices: «El que abandona al otro, tiene todas las culpas». Como ves, viene a ser lo mismo.

COL. Sí, señor... He dicho eso, pero porque no se trataba de mí... Dice una muchas cosas... Pero depende de las circunstancias... Ya ves... La semana pasada he logrado sacar libre a una mujer que asesinó a su marido porque la engañaba. Mi defensa fué contundente... Y sin embargo, a mí no se me ha ocurrido matarte... Vamos, no se me ha ocurrido todavía.

EDU. ¡Era lo que me faltaba! ¡Sería el colmo! Has estado sin fijarte en mí siete años y la primera vez que te das cuenta de que existo, se te ocurre asesinarme!

COL. Es que cuando te casaste conmigo, de sobra sabías que yo tenía la carrera de Derecho... No te engañé.

EDU. Alto ahí... Tu padre me dijo: «He dado una carrera a mi hija, porque no somos ricos y así podrá ganarse la vida si no se casa». Esto quería decir: «Puesto que usted es rico y se casa con ella, no tendrá necesidad de trabajar.»

COL. Pero cuando se estudia una carrera es para ejercerla.

EDU. ¿Yo no valía que tú hicieras ese sacrificio por mí...?

COL. El primer año de nuestro matrimonio yo no abrí un solo libro. Luego, un día, ya te acordarás, me nombraron de oficio para defender a un pobre diablo que había robado doscientos francos...

EDU. No tenías que hacer más que renunciar.

COL. Nadie quería defenderle... Aquel asunto me valió mil felicitaciones... Detrás de aquel, vino otro, luego otros... Y ya me ví cogida, obligada, solicitada, aplaudida.

EDU. Sí, sí... Tus éxitos poco a poco te alejaron de mí... **La vanidad mató el amor...**

COL. ¡No digas tonterías!

EDU. No, Colette. Una mujer cuando se casa no debe tener talento ni vanidad. El talento debe emplearlo en hacer feliz a su marido.

COL. ¿Pero tú no te sientes orgulloso de ser el marido de una mujer de la que todo París habla y a la que consultan los grandes Magistrados? ¿Tú sabes cuánto me ha producido este año el bufete? ¡Trescientos mil francos!

EDU. ¿Y qué? Yo no te he pedido un céntimo de tus honorarios. Mi fortuna me basta para sostener mi casa.

COL. Pero ¿y sí tú la pierdes?

EDU. Trabajaré.

COL. ¿En qué?

EDU. No lo sé... Lo importante para mí es que tú no trabajes.

COL. No sabes lo que decir.

EDU. Mira, Colette... Es inútil. No nos entenderemos... Llevamos un cuarto de hora y tu corazón permanece callado... No confesarás que has obrado mal, no intentarás una aproximación, no sentirás nada, no servirás más que para defender tu propio divorcio.

COL. Es inaudito... Me presentas a tu amiga y puede que quieras que encima te pida perdón!

EDU. Naturalmente... Como que tú eres la única responsable de todo... ¿Crees tú que a mí se me había pasado por la imaginación la idea de engañar a mi mujer? ¿Crees que a mí me divierte esto de andar de diversión por los cabarets, rompiendo espejos, peleándome con los americanos, inflando globitos y tirando serpentinas?

COL. Lo que no comprendo es como obligado por mi conducta a buscarte una amiga—ya ves que por un instante admito tu argumento—, has elegido a la criatura más estúpida de todas las que he conocido.

EDU. Pero si precisamente la he elegido por eso. No ves que vivo desde hace siete años con una mujer que es un gran hombre; que me mira con aire de protector, que no se digna escuchar lo que la digo... Era natural... Me ha seducido la sencillez de esa muchacha... Es ingenua, es tonta, es vulgar. Ella me escucha y me comprende...

COL. No te haces mucho favor...

EDU. De sobra sabes lo que te quiero decir... Esta muchacha no tiene nunca nada que hacer... Está siempre a mi disposición... Cuando salimos juntos me pregunta: «¿Dónde quieres que vayamos?» Si cuento muchas veces la misma historia, se ríe siempre como si la oyera por primera vez... Y si el tiempo está fresco, no deja de decirme antes de salir: «Ponte el abrigo»...

COL. *(Sonriendo)* Verdaderamente esas cosas...

EDU. Sí, si... Son cosas que parece que no tienen importancia... Pues ahí tienes, Colette: todo es importantísimo. Y me hacía mucha falta... Si mi mujer de vez en cuando, hubiera descendido de su pedestal para decirme esas pequeñeces, a mí no se me hubiera ocurrido nunca hacer lo que he hecho... Porque yo te quería, Colette, y te quiero... ¡Te quiero todavía! No he querido a nadie más que a ti. Cecilia es... eso... la distracción de una hora... nada... ¡Ah! Si tu fueras como al principio... ¿Recuerdas nuestro viaje de bodas? Eras tan feliz estando conmigo a todas horas. Te enorgullecías tanto cuando te llamaban ¡Señora! En los hoteles te dabas tanta importancia cuando preguntabas: ¿dónde está mi marido? ¿Ha bajado mi marido? ¿Ha vuelto ya mi marido? ¿Te acuerdas de Atenas? Aquel portero del hotel se empeñaba en llamarte ¡señorita! ¡Y hay que ver las cosas que le dijiste!

COL. *(Pensativa)* ¡Ah! Sí... Atenas... ¡Qué hermosa ciudad!

DU. ¿Y en Viena? La Glorieta... Aquella noche mien tras escuchábamos el dúo de *Tristán*... Me tenías cogida la mano y la oprimías, la oprimías... Y en el Lido... La noche estrellada... Le dijimos al gondolero que fuera despacio y se nos quedó dormido... Tú echaste las cortinas de la cabina.

OL. (*Llorando y a media voz*) Cállate.

DU. ¿Qué tienes, Colette?

OL. No puedes comprenderme...

DU. Sí, mujer, sí... Habla... Lo comprendo todo. No siendo cosas jurídicas lo comprendo todo...

OL. ¡No!...

DU. Sí...

OL. Es tan difícil de decir. .

DU. Colette... Te lo suplico.

OL. Si tú hubieras continuado siendo el hombre de entonces yo no sería hoy la mujer que soy ahora...

DU. ¿He cambiado yo?

OL. No son los éxitos ni las felicitaciones los que me decidieron... Yo hubiera renunciado a todo eso, si...

DU. Sí... ¿qué?

OL. Mira... Cuando regresamos después de aquel largo, de aquel maravilloso viaje... nos instalamos en nuestra casa y tú empezaste a ocuparte de tí, de tu confort, de tu biblioteca... de tu sillón... de tu ducha... Yo sufrí una pequeña decepción. Bruscamente, en lugar del amante enamorado del Nido, ví surgir un señor muy bueno, eso sí , pero tranquilo, burgués, metódico, puntual...

DU. Pero yo no he dejado de quererte como el primer día.

OL. Si no digo que no, pero...

DU. Colette...

OL. (*Reflexionando*). Mira, Eduardo... Para conseguir de mí todo lo que tu deseas de una mujer, que sería de tus historias, que se ocupe de tí solo, es

preciso que estudies antes a esa mujer, que la comprendas, que la rodees de todas las pequeñas atenciones que tú solicitas de ella. Sí... Yo no deseo otra cosa... ¡Querer! Y hubiera continuado si tú no hubieses roto el encanto... ¡Ah! ¡El amor!... Si tú supieras todo lo que has despertado en mí hace un instante... Yo no creí que un día echaría de menos el amor de aquellas horas...

EDU. Hablas como si todo estuviese perdido, como si yo fuera un imbécil... y estás equivocada... yo te comprendo, ¿lo oyes? Te dije antes que podía comprenderte... ¡Y haber esperado siete años...! Que yo haya tenido que engañarte para que llegase esta explicación entre nosotros... Pero no importa... Nunca es tarde... Reanudemos nuestra vida conyugal en el mismo día en que yo comencé a desagradarte... Hazte cuenta que ha terminado nuestro viaje, que llegamos a París y que acabamos de bajar del tren... Tú no eres más que una mujer de tu casa... Una mujer que quiere a su marido y a la que su marido adora. El no vive más que para ella y no piensa jamás en él... ¡Ea!

COL. Pero ¿tú estás loco? No se arrojan al cesto de los papeles siete años mal vividos, como se tira un papel inservible... Yo soy la abogada Colbert.

EDU. Decide no serlo y no lo serás ya...

COL. ¡Oh! Eso...

EDU. No trabajes más. Es indigno de tí... Tú eres demasiado bonita... Vuelve a ser una mujer... ¿Quieres? Nada más que una mujer... Ya verás como no pierdes nada en el cambio. Es muy agradable también para una mujer bonita, ser admirada.

COL. Sí...

EDU. Ya verás... Cuando salgamos juntos oirás un murmullo de admiración... Dirán: «¡Qué bonita es!» Y esto me llenará de alegría... Prueba de que

no pienso más que en tí... Sí... Vuelve a ser mujer... Y yo, yo volveré a ser el amante que tú recordabas hace poco... Y me querrás... Me querrás porque yo no olvidaré que tu eres una mujer única, más inteligente que yo, mucho más inteligente... Y me haré tan pequeñito a tu lado, tan pequeñito, pero tan amante y tan enamorado... *(Se ha acercado a ella y casi roza la cara con los cabellos de Colette.)* Colette, Colette... El gondolero se duerme...

Pero mi carrera... mis clientes... todos los asuntos.. ¿Qué voy a decir?

Que quieres a tu marido... Es una razón que tiene alguna importancia...

Sí, sí... pero... *(Bruscamente.)* ¿Y tu amiga?

¡Toma! ¡Pues es verdad! ¡Ya se me había olvidado! Nada... La liquidaré... Eso es fácil... La enviaré cuatro letras mientras cenamos en el restaurant...

¿No vamos a cenar aquí?

No, no... Cenaremos en el café de París... He leído que han llevado la orquesta de negros quo vimos en Viena... ¿Te acuerdas? *(Comienza a tararear una musiquilla).*

Sí, sí...

(Después de una pausa). Qué, ¿no te gusta? ¿No serás dichosa conmigo?

Sí... pero... es que no sé... Esta reconciliación me da un poco de miedo... Temo no volver a encontrar mís impresiones de antes... Después de siete años...

Te comprendo... Yo lo comprendo todo hoy... Estoy atravesando una crisis aguda de lucidez... Tu carrera te proporciona tantas satisfacciones que te cuesta trabajo renunciar... Eso es la nostalgia profesional...

(Pensativa) Sí... Quizá será eso...

EDU. Mira... Yo he conocido a un jefe de estación, que, llegado al límite de la edad, experimentó el mismo sentimiento. El día que tenía que tomar el retiro dió la salida al último tren y se arrojó debajo de las ruedas de los vagones. Ahora que aquel pobre hombre tenía 75 años. Pero tú... Tú eres joven, eres hermosa y quieres a tu marido. Mañana no te acordarás de tus pleitos... Voy a decir a Leonor que te prepare el vestido más bonito y telefonearé al café de París para que nos reserven una mesa... ¡Te adoro! *(Vase por la derecha loco de alegría).*

ESCENA VII

COLLETTE *sola, luego* VALENTÍN

COL. *(Sola, pensativa).* ¡El amor!... Sí... El amor... Verdaderamente, vale la pena...

VAL. *(Entrando).* Ya estoy de vuelta... He traído yo mismo los autos de casa del procurador...

COL. Gracias... *(Valentín deja los papeles sobre la mesa).* ¡Valentín! ¿De modo que viene usted de casa del procurador?

VAL. Sí, señora.

COL. ¿No había cerrado todavía el despacho el procurador?

VAL. No, no... Llegué a su casa a las seis menos diez.

COL. A las seis menos diez... Muy bien... Muy bien... Está muy bien...

VAL. ¿No tiene usted nada que mandarme?

COL. No... Por ahora, no... *(Vase* VALENTÍN.) Tiene razón Eduardo... El amor... Sí... Sí... El amor vale la pena... *(Pausa.)* Y no había reparado... Es muy simpático Valentín... *(Sigue revolviendo papeles y mirando a la puerta por donde salió Valentín.)*

TELON

ACTO TERCERO

Quince días después. Es la caída de la tarde. La misma ecoración, pero enteramente transformada. Los muebles n elegantes y ultra-modernos. La decoración de las paredes egre. Han desaparecido las mesas de despacho de Colette Valentín. El retrato de Colette con toga, ya no está; en sitio hay otro de Colette también, pero vestida de calle. habitación no es ya como antes un despacho de abogado. hora se ha convertido en un boudoir.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO, *solo*; *después* ARTURO, *luego* VALENTIN

(Al levantarse el telón, la escena está sola. Suena el teléfono. Eduardo, en traje de casa, entra en escena y se dirige al aparato.)

OU. *(Al teléfono.)* ¿Quién? Sí... Soy yo... Buenas tardes, marquesa... Perfectamente, ¿y usted? ¿Mañana? ¿A las cinco? Espere usted... Es que tenemos tantos compromisos... Voy a ver si estamos libres... *(Mira un carnet.)* Sí... justamene mañana está en blanco... No sé si Colette se habrá comprometido... No, no está en casa... Por ahí... qué sé yo, en el modisto... en el peluquero... Ca. Ya no se ocupa de los pleitos... ¡Eso se acabó!... En efecto, marquesa... Soy un hombre dichoso... Pues nada, hasta mañana... *(Deja el aparato, se sienta y contempla satisfecho la habitación transformada. Llaman.)*

RT. Traen un paquete para la señora... ¿Hay qué pagarlo?

OU. No sé... ¿Qué es?

ART. Perfumería. Esta es la factura. *(Le da la fac*
tura.)

EDU. *(Leyendo.)* "Primera noche de amor" Un fras
co... 600 francos... ¡Cáscaras!

ART. Eso mismo he dicho yo... Por eso he venido
preguntar al señor.

EDU. No, no. No hay que preguntarme nunca... ¿E
perfumería para la señora? Pues se paga y e
paz.

ATR. En el salón espera una señora...

EDU. ¿Algún cliente? Echela usted... Se acabaron lo
clientes y los pleitos.

ATR. Ca, no señor... Es una vendedora de ropa blanca
Trae un montón de cajas y desea ver a la señora

EDU. Pues que la espere... Ya no tardará.

ART. Bien, señor. *(Vase Arturo.)*

EDU. *(Solo.)* "La primera noche de amor", 600 fran
cos. Debe ser una cosa exquisita... *(Se guarda la*
factura y se dirige al retrato del foro, que coloca
rectificando su emplazamiento.) Esto es una mu
jer... *(Pasea por la habitación, arregla unas flo*
res y se detiene a revisar unos periódicos.) La
sonrisa... La risa... Fantasio... Esto es literatu
ra... *(De pronto, entre los periódicos, aparece un*
expediente.) ¿Eh? Un pleito aquí, todavía... ¡Qué
asco! *(Con el expediente en la mano se dirige a*
la puerta de la izquierda.) ¡Valentín!

VAL. *(Entrando. Viste elegantemente.)* ¿Llamaba
usted?

EDU. Tome usted esto y procure que en esta habita
ción no haya papeles de esa clase.

VAL. Perdone. Precisamente andaba buscando estos
autos por todas partes... Muchas gracias.

EDU. No hay de qué, pero haga usted el favor de evi
tar que haya aquí pleitos... Los pleitos en el des
pacho de usted y por quince días nada más, has
ta que los haya usted devuelto todos.

VAL. ¿Quince días?

EDU. Le dí a usted un mes para liquidar los pleitos. Han transcurrido quince días; restan otros quince.

VAL. Crea usted que estas cosas no se liquidan tan fácilmente. No olvide usted que en el bufete teníamos más de trescientos cincuenta pleitos.

EDU. ¡Qué atrocidad! ¡Lo que pleitea la gente!

VAL. Esta mañana he tenido una conferencia con un abogado que se encargará de veinte o treinta.

EDU. Está bien.

VAL. Sí, pero ahora hace falta que los clientes se conformen. Hay muchos que protestan, creen que al cambiar de bufete van a perder sus asuntos. Y dicen cada cosa...

EDU. ¿Qué dicen?

VAL. Dicen que no hay derecho a abandonarlos así... A la señora la llaman desertora.

EDU. ¡Qué imbéciles! Dígales usted que la señora cumple con sus deberes...

VAL. *(Reservado.)* ¡Yo no debo mezclarme en esas cosas!

EDU. Es verdad.

VAL. ¡Pues y la correspondencia que llega! Esta mañana tuve que contestar 57 cartas.

EDU. Ya sé que es usted trabajador... Se le recompensará...

VAL. *(Susceptible.)* Caballero, yo no he dicho...

EDU. *(Sorprendido.)* ¡Qué!...

VAL. Yo cumplo con mi obligación. Ni más ni menos.

EDU. Bueno, bueno. No se incomode usted...

VAL. *(Calmándose.)* No, si no me incomodo.

EDU. Supongo que de todas esas cartas que llegan no dirá usted nada a mi mujer.

VAL. Ni una palabra. Ella misma me dijo que no quería tener conocimiento de ellas...

EDU. ¡Ah! Ella misma le dijo...

VAL. Sí, señor.

EDU. *(Radiante.)* ¡Qué buena es!

VAL. Sin embargo, acaba de llegar una a la que no tendrá más remedio que contestar personalmente.

EDU. ¿De quién es?

VAL. Del señor Robert, el decano.

EDU. ¡Ah!

VAL. Voy a traérsela a usted... *(Vase Valentín, dejando abierta la puerta.)*

EDU. Es muy correcto este muchacho... Trabajador, meticuloso... Un poco susceptible...

VAL. *(Entrando con una carta en la mano.)* Aquí está... Escuche usted... "Mi querida amiga: Ha venido a verme la señora Gilbert para decirme que renuncia usted a la profesión. Antes de recomendarla otro defensor, quiero influir cerca de usted una vez más. Este asunto podría ser para usted el triunfo más grande de su carrera... *Robert.*"

EDU. ¡Ah! Pues es preciso que no se entere de esta carta.

VAL. Pero es que...

EDU. Traiga usted... Yo la contestaré.

VAL. Está bien. *(Le da la carta, y Eduardo la encierra en el cajón de la mesa.)*

EDU. Gracias... Es usted muy amable, amigo Valentín... Y crea usted que siento y me alegra al mismo tiempo verle a usted salir de esta casa. Me alegro, porque se acaba un período terrible de mi vida, y lo siento, porque personalmente me es usted muy simpático...

VAL. ¿Caballero?

EDU. ¿Le molesta a usted que le diga esto?

VAL. No, no señor... No es eso...

EDU. ¿Ha encontrado usted otro bufete?

VAL. No he buscado nada.

EDU. ¿No?

VAL. No. Renuncio a entrar en ningún bufete.

EDU. Comprendo... Ya sé que usted siente una gran admiración por mi esposa... Usted ha debido lamentar mucho que ella haya renunciado a la carrera...

VAL. Evidentemente. Pero por otra parte la felicito porque ha querido volver a ser mujer...

EDU. Es verdad... Y ha sido por mi causa... *(Satisfecho.)* ¿No lo sabía usted?

VAL. ¿Sí? Pues le felicito... Porque ella antes era muy linda, pero no tenía personalidad... Imponía un poco... Mientras que ahora es deliciosa, cautivadora, adorable... *(Deteniéndose.)* En fin, que le felicito a usted, señor Colbert.

EDU. *(Sorprendido.)* Parece que habla usted de ella ahora con menos admiración que antes...

VAL. No, señor, no... No lo crea usted... Sólo que ahora... ¿Comprende usted? Ahora no es mi jefe... Es una señora... Antes era algo así como un gran hombre... Tenía no sé qué de autoritario... Porque es gracioso esto... *(Riendo.)* Desde hace quince días yo sigo siendo el secretario de la señora Colbert... y la señora Colbert, la abogada, ya no existe... Es gracioso...

EDU. *(Mirándole fijamente y pensativo.)* Sí... Sí... Es gracioso...

ESCENA II

DICHOS; COLETTE

(Colette entra por el foro, elegantísima, muy alegre, muy vistosa, muy perfumada, muy compuesta, muy mujer.)

COL. Hola... ¿No sabéis? A la Vernon le han dado el primer premio...

EDU. ¿Sí?... Me alegro... *(La abraza.)* Dime... El primer premio ¿de qué?

COL. Pero ¿lo has olvidado ya? No recuerdas que hoy era el primer día del concurso de *Charleston* en el *Claridge*... ¡Hola, Valentín!

VAL. *(Respetuoso.)* ¡Señora!... *(Coge los papeles y se dirige a la puerta.)*

COL. ¿Y qué? Va usted distribuyendo todos esos pleitos?

VAL. Poco a poco, sí señora.

COL. Un día echaremos un párrafo para que me diga usted...

EDU. No te preocupes de eso, mujer. Valentín es un muchacho muy listo, muy activo y muy inteligente. Hará las cosas bien...

COL. Muchas gracias, Valentín...

EDU. Muchas gracias, Valentín.

VAL. No hay de qué, señor Colbert. Es usted muy amable. *(Vase Valentín.)*

ESCENA III

COLETTE *y* EDUARDO

EDU. ¿Qué? ¿Te has divertido? Había mucha gente en el *Claridge?*

COL. No tienes idea... Han concursado 24 parejas... Había un inglés viejo de pelo blanco, muy colorado y muy tieso que bailaba con una muchacha que le llegaba a la cintura... Los han aclamado... ¡Ah! *(Dejándose caer en un sillón.)* Estoy contenta... Muy contenta.

EDU. *(Acercándose afectuoso.)* ¿De veras estás contenta? ¿Lo piensas como lo dices?

COL. ¿Cómo que si lo pienso?

EDU. Te lo pregunto porque este cambio en tu vida y en tus costumbres ha sido tan brusco, tan rápido, tan inesperado...

COL. Yo soy sincera..., no lo dudes...

EDU. Entonces, ¿me quieres?

COL. Claro, hombre... Naturalmente que te quiero.

EDU. *(Pensativo.)* ¿Y crees que debo ser dichoso?

COL. *(Sorprendida.)* Pero, ¿no le eres?

EDU. Sí, sí... *(Reflexionando.)* Ahora que me parece que no lo soy como esperaba serlo...

COL. No te entiendo...

EDU. Verás... Yo no puedo explicar lo que siento... Debo ser muy exigente... Pero sospecho que esta nueva vida no te ha aproximado a mí todo lo que yo quisiera... Estás tan alejada como antes...

COL. ¡Eduardo, por Dios!

EDU. Ahora no trabajas, es verdad... Pero yo te veo tan poco como antes... Las visitas, las tiendas, los tes...

COL. ¡Eduardo! ¡Estás loco! Desde hace quince días no nos hemos sentado a la mesa una sola vez el uno sin el otro...

EDU. Pero casi siempre con invitados.

COL. Es natural... Todas nuestras amistades han querido festejar nuestra nueva vida... Nos invitan de todas partes...

EDU. Es verdad... Precisamente la marquesa ha telefoneado hace un instante. Nos espera a tomar el te mañana, a las cinco...

COL. ¿A las cinco?

EDU. Sí...

COL. ¿Has aceptado?

EDU. Sí... He visto que teníamos la tarde libre...

COL. ¡Ah! *(De pronto.)* Bueno, pues telefoneala diciendo que nos es imposible ir... ¿Estás contento?

EDU. Contentísimo... Entonces pasaremos la tarde juntos.

COL. Sí... Hasta las cuatro.

EDU. ¿Sólo hasta las cuatro?

COL. Sólo... No sé el tiempo que hace que no he visto a Magdalena... Me ha dicho que está malucha, y quiero ir a verla.

EDU. Pues prefiero que vayamos al te de la marquesa.

COL. ¿Por qué?

EDU. Al menos allí te podré ver... Te veré rodeada de cuarenta personas, pero te veré... Mientras que a casa de Magdalena irás sola... Ya sabes que no me gusta ir a su casa.

COL. ¿Por qué? Tú guardas rencor a Magdalena porque su marido fué tu compañero de aventuras... ¡Bah! Todo eso está olvidado ya... Pasó.

EDU. No es eso. Estoy molesto con Magdalena porque me ha dicho algo muy desagradable.

COL. ¿Cuándo?

EDU. Hace tres días la encontré en el *bulevard*... Nuestros coches se detuvieron uno al lado del otro y nos pusimos a charlar... Me preguntó a gritos cuándo la iba a mandar el análisis... Ya comprenderás que el sitio no era el más a propósito... Las gentes volvían la cabeza para escucharnos... Los *chauffeurs* se reían... Yo cambié de conversación y la hablé de ti... Entonces ella gritó: ¡Ah! sí... Ya sé que ha dejado el bufete... para convertirse en una mujer de su casa... Desconfíe usted, amigo mío... Desconfíe usted. El guardia tocó el pito y su coche arrancó antes que el mío... afortunadamente, porque si no...

COL. Magdalena es tonta... Ya se lo diré yo mañana...

EDU. No se lo dirás, porque iremos a casa de la marquesa...

COL. ¿Estás decidido a que vayamos?

EDU. Estoy decidido a tenerte a mi lado todo el tiempo posible.

COL. Pues bien... Iremos.

EDU. ¿Por qué me ha dicho esa imbécil que desconfíe?

COL. ¡Bah! Ya la conoces... Ella cree que este cambio de vida es un capricho... Que no durará... Que el día menos pensado me acometerá el deseo de volver a defender pleitos... Por eso te ha dicho que desconfíes...

EDU. Eso debe ser...

COL. ¡Ella qué sabe! En cambio, tú has visto ahora con qué indiferencia he preguntado a Valentín cómo marchaba la liquidación del bufete...

EDU. Sí... Y no sabes qué alegría me has dado...

COL. Ya lo ves... Y en cuanto a eso de que no estamos nunca solos... Creo que exageras. Hace tres días estuvimos en Varietés, y me parece que no había nadie con nosotros... Hoy he salido de casa a las tres, después de almorzar a solas contigo.

EDU. Es verdad.

COL. Entonces, ¿de qué te quejas? Dí, ¡tonto!

EDU. *(Después de reflexionar.)* Tienes razón. Soy un hombre feliz... Yo no me doy cuenta, pero soy un hombre feliz... ¿Por qué soy tan exigente a veces, vamos a ver, por qué?

COL. Porque las gentes dichosas no están nunca satisfechas.... Eso es sabido.

EDU. *(Satisfecho.)* Es verdad... No estamos satisfechos... Yo no soy razonable... Has hecho muy bien diciéndome esto, Colette. Amor mío... *(La abraza.)*

COL. *(Cariñosa.)* ¡Eduardo!

EDU. ¿De veras no echas de menos nada?

COL. ¿Yo? Nada.

EDU. ¿Has vuelto a encontrar en mí el amante de nuestros días primeros?

COL. ¿Tienes algo que reprocharme tú?

EDU. ¡No! ¡No! ¡Eso no! ¡Oye! ¿Qué bien hueles?

COL. *(Cambiando alegremente de conversación.)* ¿Te gusta? Es un perfume nuevo. *La primera noche de amor...* Lo he probado y es delicioso... He dicho que me envíen un frasco... No es caro, ¿sabes? Doscientos francos. *(Se quita el sombrero para dejarlo sobre una mesa.)*

EDU. *(Aparte.)* ¿Doscientos francos?... ¿Por qué miente? ¿A qué viene esto de mentir por una pequeñez sin importancia? *(Alto.)* ¡Ah! Se me olvidaba... Te está esperando una vendedora de ropa blanca.

COL. Es verdad... Beatriz... Me lo dijo Arturo al llegar, pero se me había olvidado. Me trae unas cosas

muy bonitas... Ya verás... Te volverás loco... Voy a verla... ¿Qué hora es?

EDU. Las siete y cinco.

COL. ¡Dios mío! Tenemos que cenar fuera, y yo no estoy vestida...

EDU. Yo tampoco... Ya sabes que la cena es a las nueve.

COL. Es verdad.

EDU. No te entretengas mucho con la vendedora.

COL. Diez minutos. Diez minutos nada más... *(Se dirige al foro, al mismo tiempo que entra Arturo.)*

ART. La señora Poncel...

EDU. *(Sorprendido.)* ¡Cecilia!...

COL. ¿La señora Poncel?

EDU. Pero... ¿se atreve?

COL. Debe venir a liquidar la minuta de mis honorarios... Que la reciba Valentín...

ART. Esta señora desea hablar a la señora o al señor... Dice que es muy urgente...

EDU. ¿A ti o a mí? ¿Qué puede tener que decirnos?

COL. No sé... Pero, mira, es tarde... Recíbela tú.

EDU. *(Sorprendido.)* ¿Yo?... ¿No te importa que la reciba yo?

COL. ¿A mí? Vamos... ¡Bobo! ¿Crees que voy a tener celos de esa?...

EDU. No, no... Claro. Tienes razón. Los celos. ¡Bah! Debo ser yo el que... No cabe duda... soy demasiado exigente...

COL. *(Cariñosa, abrazándole.)* Tú eres muy bueno...

EDU. ¡Ah! Oye, Colette...

COL. ¿Qué?

EDU. No te he dicho que te han traído el frasco de perfume...

COL. ¿Sí?

EDU. Sí... Y lo he pagado...

COL. Has hecho bien...

EDU. Seiscientos francos...

COL. Justo... Seiscientos francos... Lo que yo te he dicho... Bueno, date prisa y despacha pronto. Hasta ahora... *(Vase Colette.)*

ESCENA IV

EDUARDO, *luego* CECILIA

EDU. *(Solo.)* ¡Miente! No cabe duda... *(Llama al timbre.)* Me oculta algo. No es franca conmigo... Además, es coqueta... Sí... Es coqueta y es deliciosa... Yo quería que volviera a ser una mujer... Y lo es... Y adorable... *(Arturo entra.)* Diga usted a la señora Poncel que pase... *(Queda pensativo.)*

CEC. *(Muy ceremoniosa.)* ¡Ah! ¿Es usted el que me va a recibir, señor Colbert?

EDU. Si no ve usted en ello inconveniente alguno, señora Poncel...

CEC. Al contrario, la última vez que estuve aquí, la señora Colbert me trató muy mal. No la debe gustar mucho verme.

EDU. ¿Y a qué debemos el placer de esta visita?

CEC. Pues... siempre por lo mismo... Por mi divorcio. He nombrado otro abogado, pero necesito los papeles que dejé aquí... Y vengo por ellos.

EDU. ¿Cómo? Pero, ¿no se los han enviado? *(Se acerca a la puerta de la izquierda.)* Siéntese usted, se lo ruego... Precisamente los empleados del bufete están distribuyendo todos los asuntos... Es cuestión de un instante... *(Llamando.)* Valentín... la señora Poncel... Viene a buscar los documentos de su pleito... ¿Quiere usted dárselos?... Está esperando... *(Cierra la puerta y se acerca a Cecilia.)* Ahora mismo se los traerán...

CEC. Mi nuevo abogado tiene prisa por conocer esos papeles... Yo le he hablado de las cartas de mi marido y de la importancia que pueden tener...

EDU. ¿Está usted contenta de su nuevo defensor?

CEC. Muy contenta... Además, con él estoy segura de conseguir los cinco mil francos mensuales que pido a mi marido.

EDU. ¡Bah! Eso no se sabe nunca... Las sentencias...

CEC. Sí, sí... Estoy segura... Porque si no condenan a mi marido, será mi defensor el que tendrá que dármelos.

EDU. ¿Su defensor? ¿El abogado?

CEC. ¡Claro!

EDU. ¿Cómo se llama?

CEC. ¿Mi abogado?

EDU. Sí.

CEC. No puedo decir su nombre... Es un hombre casado y...

EDU. ¡Ay! Ya comprendo...

CEC. Por eso se ha comprometido a darme los cinco mil francos mensuales si mi marido no resulta condenado... Ya ha empezado a dármelos... Calcule usted si me defenderá con calor... A mí me gustará que gane el pleito, porque siempre es más cómodo recibir dinero de un hombre al que no vemos, que...

EDU. Sí, sí... Comprendido... Y ¿es usted dichosa? ¿Cree usted que éste de ahora... durará?

CEC. ¡Pts! Desde luego no es mi ideal... ¡Ay! Si usted supiera el trabajo que cuesta dar con el ideal imaginado.

EDU. Pero ¿su marido no estaba dispuesto a olvidarlo todo?

CEC. Sí, pero yo no he querido volver con él.

EDU. Ha hecho usted mal... Con las ideas de mujercita de su casa que usted tiene, debió usted aceptar...

CEC. No, señor. Los arreglos dan siempre mal resultado... Hace usted un zurcido y se abre el agujero por otro sitio...

EDU. Usted dice eso porque no ha querido nunca a su esposo...

EC. ¿Qué no? Si no fuera porque usted puede ofenderse le diría que mi marido ha sido el único hombre al que he querido.

DU. No lo creo.

EC. Se lo juro a usted. Al principio era tan amante, tan cariñoso... Yo le adoraba... Pero luego sus ocupaciones, sus trabajos... Claro... El tenía que pensar en sus cosas... Yo me puse a pensar en las mías... en otras distracciones, en otras personas... En fin, que pasó, lo que tenía que pasar. Ya lo sabe usted... El amor puede comenzar de nuevo siempre... Esto es indudable... Pero con la condición de que la persona sea distinta.

DU. ¡Ah! *(Pausa.)*

EC. *(Viéndole pensativo.)* ¿Parece que se ha quedado usted pensativo?...

DU. ¿Yo? No, no... Nada de eso...

RC. ¡Vaya! Sin duda ha creído usted que yo he dicho eso con intención... Porque ¡claro!, usted engañó antes a su esposa y ahora tendrá usted miedo de no quererla lo mismo que antes... No haga usted caso... Usted sí la querrá... Somos las mujeres las que no queremos igual que antes... Perdóneme usted si le he molestado...

DU. ¡Por Dios, señora!

EC. Es que no quiero que piense usted que lo he dicho a propósito... Yo no soy capaz de hacer daño a nadie, a sabiendas...

DU. *(Viendo entrar a Valentín.)* ¡Ah! Aquí tiene usted sus documentos...

AL. *(A Cecilia.)* Señora...

EC. *(Reconociéndole.)* ¡Ah! Sí... Ya me acuerdo de usted... Es el gusano enamorado de la estrella, ¿verdad?

DU. ¿Eh?

EC. ¿Qué? ¿La, gustarían los versos que la hizo usted? Eran muy bonitos.

AL. Señora...

CEC. *(A Eduardo.)* ¿No se lo ha dicho a usted? Este señor está muy enamorado de una señora... Pero no se atreve a confersárselo y la hace versos.

VAL. *(Molesto.)* Señora... Esas son cosas, cosas de un momento... Ya han pasado...

EDU. Pero, hombre, no hay por qué avergonzarse... A la edad de usted es lo más natural... *(Pausa.)* Y a todas las edades... *(A Cecilia.)* Si quiere usted la acompañaré hasta la puerta.

CEC. Es usted muy amable.

EDU. Si baja mi esposa dígala que se dé prisa... Yo voy a vestirme...

CEC. Perdone usted que le haya entretenido tanto tiempo...

EDU. De ningún modo, señora... Esta visita me ha proporcionado un gran placer... *(Vanse Cecilia y Eduardo, foro.)*

ESCENA V

VALENTIN, *enseguida* COLETTE

VAL. *(Viendo salir a Cecilia.)* Esa mujer es idiota. Al demonio se le ocurre ponerse a hablar de mis versos...

COL. *(Entrando por la izquierda.)* ¡Ah! Valentín... ¿Qué hace usted aquí tan solo?

VAL. La esperaba... Su esposo me acaba de dar un recado para usted.

COL. ¿Para mí?

VAL. Sí... Que la diga que va a vestirse... *(Transición.)* ¡Tenemos diez minutos para aprovecharlos!

COL. *(Sonriendo.)* ¿Le ha encargado a usted también que me dijese que tenemos diez minutos?

VAL. No se burle usted de mí... Los diez minutos los pido yo...

COL. ¡Ay, Valentín! Si supiera usted lo que tengo que decirle, no me los pediría...

L. *(Aterrado.)* ¡Dios mío! ¿Qué es ello?

L. Tranquilícese. Es que... tampoco puede ser mañana.

L. *(Conternado.)* ¡Tampoco! ¿Por qué?

L. Mi marido, sin prevenirme, aceptó una invitación... Yo he hecho todo lo posible para no ir. Pero hubiera sido despertar sospechas... En fin, será otro día...

L. Como lo dice usted. Parece que se alegra usted de que surja siempre un obstáculo que impida nuestra primera entrevista...

L. Sí... Es verdad... Es decir... no sé... Mire usted, Valentín... Me parece que esa primera entrevista puede ser, no el principio, sino el fin de algo irreparable...

L. *(Desolado.)* ¡Oh!

L. Sí, sí... Este amor tan joven, tan repentino, que vuela a nuestro alrededor como una mariposa... ¡Temo que se le quiebren las alas!

L. Colette, por Dios... No hable usted así... Esas cosas no las puede decir más que una mujer que no esté enamorada...

L. No sé... Yo creo que sí; que le quiero a usted... Ya lo ha visto... En tan pocos días escucharle... prometerle... Verdaderamente, es increíble lo que me sucede... No lo podía suponer... Estaba tan lejos de pensar...

L. Pero y yo... Yo que la adoraba en silencio... Un día me arranca usted mi secreto, se ríe usted de mí, y cuando lo creía todo perdido la reclamo mis versos y me dice usted: "No... ¡Déjemelos!" Al principio no comprendí... pero luego cuando usted me miró... ¡Oh, Colette! Aquel minuto fué una revelación. Y después, durante estos quince días, nuestras entrevistas en los paseos solitarios, en los Grandes Almacenes, en el Printemps, sección de bicicletas, que no

hay nadie nunca... Y por último esta entrevista la primera que íbamos a tener mañana...

COL. Cómo ha de ser... Tengamos paciencia... Ya lo ve. No puedo mañana... En fin... será otro día...

VAL. Sí... Claro... Pero yo no estoy tan seguro. Tengo miedo...

COL. ¡Vamos, Valentín!

VAL. ¿Vendrá? ¿De veras vendrá? Todo está preparado... Nadie la verá... He adoptado todas las precauciones...

COL. Eso es indispensable... *(Pensativa)* Así, al menos, no tendré nada que temer... Pero luego cuando yo vuelva a casa, sonriente, comenzarán los embustes... La vida de esas criaturas que yo he censurado tanto tiempo...

VAL. ¿Y por qué ha de volver? No vuelva más...

COL. ¿Eh?

VAL. Vivamos juntos siempre..., ¡siempre! Yo la quiero a usted!... Y usted también... me ha dicho que me quiere... Yo soy como usted... odio la mentira... Querámonos y huyamos lejos, a América... Yo trabajaré... Allí hay minas de oro... Debe ser un buen oficio ese de buscar oro en las minas... Nos querremos y seremos ricos... porque hay oro en todas partes, en la tierra, en las flores y en el sol...

COL. ¡Pobre poeta! Menos imaginación, Valentín... Menos imaginación... A usted se le olvida que yo soy la señora de Colbert...

VAL. ¿Y qué?

COL. Que entre nosotros hay un hombre que existe, que me quiere...

VAL. Y al que usted no quiere dejar porque le quiere más que a mí...

COL. ¡Chits! Hable usted bajo...

VAL. *(En voz baja.)* Sí, sí... Le quiere usted más que a mí. Usted no se da cuenta, pero yo estoy seguro... Por él ha abandonado usted su carrera...

El mismo me lo decía aquí hace un instante... Ha sido un sacrificio, una prueba de amor que usted le ha dado...

No lo he hecho por él, Valentín... Lo he hecho por el amor... Por los recuerdos que supo despertar en mí...

¡Claro! Después de siete años hay muchas cosas que recordar... Yo, en cambio, no tengo ni un recuerdo que surja.

Más vale... Los recuerdos de amor muchas veces son decepciones... Para volver a conquistar el cariño de una mujer se la dice siempre: "¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?" El recuerdo la emociona, pero pronto advierte que el pasado está lejos y que el presente no se le parece...

(Desolado.) ¡Colette! ¡Colette! *(Se acerca, la abraza.)*

¡Por Dios, Valentín! Esto es una locura... Una locura... *(Desprendiéndose.)*

(Insistente.) ¿Cuándo?... Diga... ¿Cuándo?

Dios mío... si no sé... El sábado sí... El sábado...

¡Oh! ¡La adoro! ¡La adoro! *(Oyese abrir una puerta.)*

¡Silencio! *(Entra Eduardo lentamente. Viene vestido de frac. Contempla fijamente a Colette y Valentín.)*

ESCENA VI

COLETTE, VALENTÍN *y* EDUARDO

(Tratando de disimular y como si continuase una conversación.) Los demás asuntos los reparte usted equitativamente... Sobre todo los difíciles se los pasa usted a Durand...

(Lo mismo.) Sí... Durand es un jurisconsulto eminente...

Ya lo creo...

VAL. Pone un entusiasmo, un vigor...

COL. Una inspiración, un calor...

EDU. *(Interviniendo.)* ... que a ustedes mismos l
aparta del mundo... No ven a nadie...

COL. ¡Hola! ¿Estás ahí? Hablábamos de pleitos. Y
lo ves... ¿Estás tú vestido? Pues entonces te
go que darme prisa... Estamos de acuerdo, ¿n
es así, Valentín?

VAL. Sí, señora... ¿Me manda usted algo más?

COL. No, no... Gracias.

VAL. Entonces escribiré unas cartas y luego me iré
Buenas noches, señor Colbert.

EDU. Vaya usted con Dios... *(Vase Valentín por
derecha.)*

COL. Espérame aquí. Voy a vestirme...

EDU. Date prisa...

COL. *(Inquieta al ver que Eduardo la mira y sin sab
qué decir.)* ¡Ah! Te sienta muy bien ese frac

EDU. Es el mismo que tenía...

COL. ¿Sí? No sé... Pero esta noche parece que te
mejor... *(Bruscamente.)* Ahora vuelvo... *(Va
por la izquierda.)*

ESCENA VII

EDUARDO *solo; luego* ARTURO, *después* RASTABUL

EDU. *(Sólo, mira a la puerta de la izquierda, luego
la de la derecha y se queda pensativo.)* "¡Desco
fíe usted!"... A mí me ha sido antipática sie
pre esa Magdalena... *(Pausa. Da unos cuant
paseos.)* Bueno, pero ella me quiere... No ca
duda... Ha dejado su bufete por mí... Esto
que me quiere... *(Pausa.)* Y los versos... L
versos eran para ella... ¡Vaya! *(Se acerca a
puerta de la derecha)* ¿Qué? Te crees que
lo sé... ¡Estás fresco! *(Pausa.)* Pero la culpa
mía... El cambio ha sido demasiado brusco...
querido que Colette volviera a ser mujer

no he tenido habilidad para quitarla del peligro... *(Pausa.)* Sí, sí... me engaña... *(Pausa.)* Es decir... no... No me engaña... Todavía no me engaña... Cuando los he sorprendido ahora estaban intranquilos... Si hubiera algo entre ellos disimularían mejor... No, no me engaña... Pero no va a tardar en engañarme... Es preciso que yo intente algo para evitarlo... Y de prisa... Pero, ¿qué hago? *(Pausa.)* Y no hay más remedio... Tengo que hacer algo... *(Se sienta y reflexiona. A Arturo que entra.)* ¿Qué? ¿Qué pasa?

ART. *(Entrando.)* El señor Rastabul quiere ver a la señora... Dice que es urgente...

EDU. La señora no está para nadie. Y yo tampoco... Hemos salido... Dígale usted que ha salido todo el mundo...

ART. Bien, señor. *(Vase.)*

EDU. Era lo que nos faltaba... Visititas... *(Reflexionando.)* Y el caso es que... ¿Rastabul? Yo quiero recordar ese nombre...

RAS. *(Entrando bruscamente con Arturo.)* Pero, usted cree que yo estoy para bromas? ¿Que han salido todos? ¿Todos? ¿Y ese señor? *(Señalando a Eduardo.)*

ART. Señor... Ya ve usted...

EDU. Caballero...

RAS. ¿Quién es usted?

EDU. Yo soy el Sr. Colbert.

RAS. ¡Ah! ¿El marido de...? ¡Vamos! Esta vez es el marido.... Menos mal... Caballero, le suplico a usted que me conceda dos minutos.

EDU. Sea... Retírese usted, Arturo...

ART. Está bien, señor... *(Vase Arturo.)*

RAS. Caballero... Necesito hablar urgentemente con su esposa...

EDU. ¿Es usted uno de sus clientes?

RAS. Sí, señor.

EDU. Pues no puede ser... Mi señora ha dejado ya el bufete para siempre...

RAS. ¿Eso es cierto? *(Mirando alrededor.)* Es verdad... Antes había aquí una mesa de despacho... ¿No es verdad que esto era un despacho?

EDU. Sí, señor... Eso era. Había libros, papeles... Mi mujer trabajaba día y noche... *(Suspirando.)* ¡Ay, qué tiempo aquel!

RAS. ¿Y ya no ejerce? ¡Pero eso es una catástrofe!

EDU. Sí, señor... Puede ser una catástrofe... En fin, ahí tiene usted a su secretario... Le llamaré...

RAS. *(Deteniéndole.)* ¡Ah! No... El secretario me es muy antipático...

EDU. Y a mí... A mí también.

RAS. Yo quiero hablar con su esposa... Ella conoce mi pleito... No puede abandonarle justamente en el momento en que adquiere unas proporciones inesperadas...

EDU. Mire usted, amigo mío... Hoy no es ocasión de que vea usted a mi esposa... Ni a mí... No estamos para ocuparnos de nada... Usted no sabe las cosas que pasan en la vida...

RAS. Sí, sí... Yo me hago cargo de todo...

EDU. Hace siete años cuando yo me casé con mi mujer... Bueno, usted dirá que le cuento lo que no le interesa...

RAS. Ya estoy acostumbrado... Todas las personas que me reciben aquí me cuentan sus historias... Dígame usted lo que quiera... Yo le contaré a usted luego lo que me sucede...

EDU. Lo sé... Mi mujer me refirió un día lo de la herencia... Lo del cero... Nos reimos mucho...

RAS. ¡Ah! Sí... Pues si aquello le hizo a usted reir, se va usted a morir de regocijo cuando sepa la continuación...

EDU. ¡Ah! ¿Hay una continuación?

RAS. ¿No ha leído usted los periódicos esta mañana?

EDU. No, señor... Yo los leo por la noche, en la cama...

RAS. Pues bien, caballero... Sepa usted que yo, Rastabul, hombre honrado en toda la extensión de la palabra. me veo acusado de robo con fractura y tentativa de asesinato.

EDU. Ya es algo... Y qué quiere usted que yo le haga.

RAS. Que haga usted uso de su autoridad de marido para que la señora Colbert me defienda ante los Tribunales.

EDU. *(Como acometido de una idea.)* ¿Que mi mujer vuelva a defender pleitos?

RAS. Es muy cómodo eso de decirle a un hombre como yo... "Agregue usted un cero... Coja usted ciento cincuenta mil francos... Yo me encargo de que le absuelvan a usted." Y luego, cuando las cosas se complican, dejarle a uno en la estacada... ¡Ah! No... No hay derecho a hacer eso.

EDU. *(Reflexionando.)* ¿De manera que el proceso de usted va a ser un proceso sensacional?

RAS. Esa es la palabra. Se lo explicaré a usted rápidamente. Siguiendo los consejos de la señora Colbet, yo me disponía a abrir la caja y apoderarme de los 150.000 francos. Pero perdí la llave... ¿Qué hacer? Forzarla, claro... Y como yo no sé de eso, porque no lo he hecho nunca, me dirigí a un profesional, a Martín, *Ojo de Tigre*... Le busqué... No le encontré... Es muy difícil encontrarle porque no tiene domicilio fijo... Por fin, ayer dí con él. "Amigo Martín, le dije, tengo que abrir una caja de caudales y no sé... ¿Quiére usted ayudarme?" "Con mil amores, amigo Rastabul", me contestó. Y allá nos fuimos. En cuanto vió la caja exclamó: "¡Esto es facilísimo!" Sacó un aparatito inofensivo y comenzó a salir una llama...

EDU. Un soplete...

RAS. Eso es... Un soplete... De pronto se abre la puerta y aparece el portero que había oído ruido... "Nos han pescado, Rastabul—dijo el apa-

che—. Voy a *enfriar* a ese tío!" Yo no comprendí porque esas expresiones no me son familiares. "¡Haga usted lo que guste!"—le contesté—. Y de pronto le veo saltar sobre el portero y aplastarle la cabeza a martillazos... El portero grita, los vecinos acuden y los guardias se llevan detenido a Martín, *Ojo de Tigre.*

EDU. ¿Y a usted no?

RAS. No. Yo me escapé antes... A mí me molestaba que me vieran metido en aquel asunto... Claro que me fuí sin poder coger los 150.000 francos. No tengo suerte.

EDU. Menos suerte ha tenido el portero.

RAS. Eso sí. Esta mañana cojo los periódicos y leo que la policía me anda buscando... ¡A mí! Esto es una infamia. ¡Yo un asesino! Yo que soy un hombre honrado en toda la extensión de la palabra... Porque le juro a usted que yo no he tocado al portero... ¡Ah! ¡No! Es preciso que la señora Colbert me defienda. Que haga resplandecer mi inocencia.

EDU. *(Llamando.)* En efecto, sí, señor... es muy interesante todo eso... Y yo creo...

RAS. ¿Qué? Me defenderá, ¿verdad?

EDU. No sé... *(A Arturo que entra.)* Diga usted a la señora que venga cuando pueda. Es un asunto urgente...

RAS. Muy urgente.

ART. En seguida, señor... *(Vase.)*

RAS. Oh, gracias, gracias, caballero... Ella me salvará... Ya lo verá usted...

EDU. Pero, ¿de qué le acusan a usted en concreto?

RAS. ¿De qué? ¡Lea usted los periódicos por la mañana, hombre! Es Martín el que me acusa. Dice que yo fuí a buscarle, que no ha hecho más que obedecerme... Que él ha sido el instrumento... Y su defensor sostendrá eso...

EDU. ¿Quién es su defensor?

RAS. Una señora que tiene mucha fama... Una gran criminalista... La señora Balmoral...

EDU. ¡La Balmoral! Eso es curioso... Muy curioso.

ESCENA VIII

DICHOS *y* COLETTE

(Entra Colette elegantísima. Traje de noche, abrigo, guantes.)

COL. ¿Qué me quieres, Eduardo? ¿Pasa algo?

EDU. Aquí el señor Rastabul que desea verte.

COL. ¿El señor Rastabul?

RAS. Sí... Yo... Perdone usted... ¿Va usted de baile? Es muy lindo ese vestido...

COL. ¿Por qué no has llamado a Valentín? Yo no me ocupo ya de esas cosas...

RAS. *(A Eduardo.)* Caballero, por Dios, influya usted...

EDU. Es verdad... El caso de Rastabul es un caso de conciencia.

RAS. Sí, señora...

EDU. La aventura de Rastabul ha tomado unas proporciones...

COL. Si lo sé... He leído los periódicos esta mañana...

RAS. Vamos, hombre... Gracias a Dios que hay quien lee los periódicos por la mañana.

COL. Ha estado usted muy torpe...

RAS. Pero si yo no le hice nada... Fué el otro, el apache, el que golpeó al portero.. La doy a usted mi palabra de honor...

COL. Bien, bien... Yo le recomendaré a usted a un abogado bueno, a ver si puede usted escapar con cinco años...

RAS. ¿Cinco años de qué?

COL. ¡De prisión!

RAS. Pero si es que yo no quiero ir preso... ¡Yo en la cárcel! ¡Pues estaría bueno!

COL. Eso el Tribunal lo dirá... Lo recomendaré al abogado Lambert.

RAS. No, no, no, no... Es usted la que conoce mi asunto... Usted le ha estudiado... Usted me aconsejó que cogiera los 150.000 francos...

COL. ¿Yo? Yo no le he dicho a usted eso...

RAS. Casi... Acuérdese usted... Estaba usted aquí, nerviosa y agarrada al teléfono... Entonces me dijo usted: "¡Ah! Si hubiera usted robado el dinero, ¡qué bonita defensa podría hacerse! Le sacaría a usted libre y sería un triunfo para mí."

EDU. ¿Tú le dijiste eso?

RAS. Sí, señor, sí... Me lo dijo... ¡Y ahora quiere usted abandonarme! ¡No hay derecho!

COL. Vamos a ver... Usted no ha cogido los 150.000 francos.

RAS. No tuve tiempo.

COL. ¿Y no ha tocado usted al portero?

RAS. ¡Lo juro por lo que usted quiera!

COL. Entonces es usted inocente... No me necesita usted a mí para nada.

RAS. Pero es que el apache me acusa...

COL. ¡Bah! Un apache...

EDU. Pero es la Balmoral la que va a defender a ese apache...

COL. *(Sorprendida.)* ¿La Balmoral?

EDU. Lo dicen los periódicos esta noche...

COL. ¿Y ha elegido a la Balmoral?

RAS. Sí...

COL. ¡Qué sinvergüenza! De modo que yo le saco absuelto hace dos años y ahora se dirige a la Balmoral, a mi mayor enemiga...

EDU. Habrá sabido que tú no ejercías ya...

RAS. Y luego, que ¿cómo nos iba usted a defender a los dos?

COL. Yo no defiendo a nadie... ¿Lo oye usted? No defiendo a nadie... *(Pausa.)* La Balmoral... ¿Por

qué ha aceptado esta defensa? ¿Qué podrá alegar?...

EDU. Sostendrá lo que dice el apache... No puede salvarse más que acusando a Rastabul...

COL. No basta acusar... Hay que llevar pruebas...

EDU. Tú olvidas a los vecinos que los sorprendieron. Vieron allí a Rastabul... ¿Qué hacía allí Rastabul? Eso dará argumentos a la Balmoral...

COL. No... Porque Rastabul, que es un fiel empleado de la casa, estaba allí trabajando cuando oyó los gritos del portero, y acudió poco antes que los vecinos...

EDU. Pero, ¿por qué huyó entonces?

COL. No huyó... ¡Ah, señores! Rastabul no huyó. Rastabul cuando vió que detenían al apache se fué tranquilamente, porque ya no tenía nada qué hacer allí... ¿Por qué iba a concertarse este hombre con un apache para forzar la caja? ¿No va a heredar 400.000 francos? Porque todo el proceso está ahí, señores... El testamento... El cero que está escrito por el testador... ¡Yo lo afirmo! Y yo lo probaré, señor Rastabul... Porque la Balmoral no se me escapa esta vez... Yo lo probaré delante de los jurados, y saldrá usted en libertad... Dí, Eduardo... ¿No te parece que debo encargarme de esta causa? La Balmoral va a creer que la tengo miedo...

EDU. ¡Ay, Colette! No me preguntes nada... Tú puedes hacer lo que creas que es tu deber.

COL. Pues bien... ¡Le defenderé! Es mi deber... Cuente usted conmigo, señor Rastabul.

RAS. *(Encantado.)* ¡Oh! señora... Ya sabía yo que no me abandonaría usted...

COL. Quiero además aplastar a la Balmoral... La Balmoral me ganó un pleito hace dos años y me debe el desquite... Este será mi desquite... Y ahora no perdamos tiempo. Es preciso que vaya usted a constituirse preso, pero en seguida...

RAS. *(Contrariado.)* ¿Es necesario?

COL. Indispensable... ¿No ve usted que todos los periódicos le acusan? Usted es un hombre honrado y arde usted en deseos de justificarse... Sobre todo diga usted al comisario, que acaba usted de enterarse por los periódicos... Hay muchas personas que no leen los periódicos más que por la noche...

RAS. Este señor.

COL. Nada, nada... Corra usted... Entréguese en la primera Comisaría que encuentre... Y mañana, a las diez, iré yo a verle a usted en la cárcel.

RAE. La Comisaría, la cárcel... Ahora ya veo que vamos por buen camino...

COL. No lo dude usted... Y no olvide decir al comisario que acaba usted de leer los periódicos... *(Acompañándole.)*

RAS. Sí, sí... Adiós. Me voy a la cárcel. *(Vase Rastabul.)*

ESCENA IX

COLETTE *y* EDUARDO

(Eduardo saca en tanto la carta que antes le dió Valentín y la deja encima de la mesa.)

COL. Dime, francamente, Eduardo... ¿No me guardas rencor?

EDU. ¿Por qué? Siento verte metida otra vez en ese ajetreo, pero..., pero no podías negarte.

COL. ¿Verdad que no podía? Y luego que no se trata más que de este caso... Luego haremos nuestra vida... Cenamos fuera, ¿verdad?

EDU. Tenemos tiempo... No son más que las ocho.

COL. Cuando me llamaste me asusté... He venido corriendo... Debo estar peinada como una loca... *(Va a la mesita a coger un bolso y ve la carta. La abre.)* ¿Qué es esto?

EDU. ¿Qué? ¡Ah! Una carta para ti... Me la dió antes

Valentín... Creo que tienes que contestarla tú personalmente.

COL. ¡Ah! *(Lee la carta en silencio.)* En efecto... Es muy importante... *(Leyendo.)* "Este será el mayor éxito de su carrera"... Tiene razón... *(Sonriendo.)* Decididamente, hay cosas que no tienen remedio.

EDU. ¿De qué se trata?

COL. Es una carta del Decano... Insiste para que me encargue de la defensa de Gilbert... Es un asunto de gran transcendencia.

EDU. Dices bien... Hay cosas que no tienen remedio...

COL. Será un triunfo para mí... Sí... sí... Le defenderé...

EDU. ¿Lo ves, Colette? La carrera te apasiona... no te puedes separar de ella...

COL. Te digo que no... Será este asunto el último que defienda...

EDU. Ahora... Hace cinco minutos el último iba a ser el de Rastabúl... Mañana será otro... Y otro después... ¡Ay! Colette... tú no puedes ser la mujercita de tu casa...

COL. ¿Tú crees?

EDU. Una vocación como la tuya salta por encima de todo...

COL. *(Sorprendida.)* ¿Pero tú te das cuenta de lo que dices? Después de los esfuerzos que has hecho para alejarme del bufete, ¿aceptarías que volviera otra vez?...

EDU. No lo acepto, pero me resigno... Comprendo que no puedo ni debo oponerme...

COL. *(Pensativa.)* Sí... Mi carrera... Volver a ser lo que era antes... ¡Quién sabe! Quizá será mejor... *(Pensativa.)*

EDU. *(Dulcemente.)* Sí... Quizá será mejor...

COL. *(Bruscamente a Eduardo.)* Pero no para ti... ¿Qué harás tú? ¿Volverás a tus paseos solita-

rios? A tus excursiones por los *cines*? ¿A... a la señora de Poncel?

EDU. ¡No! ¡No! Eso jamás... Mira... Nos arreglaremos muy bien. Ya verás... Tú tienes mucho talento, Colette... Ahora lo comprendo, y en los matrimonios, el que no es nada debe ser dócil... Yo quiero interesarme en todo lo que tú haces... Tú me enseñarás... ¿Quieres que ensayemos? ¿Quieres que sea yo tu secretario, por ejemplo? ¿Quieres que reemplace a Valentín?

COL. *(Mirándolo fijamente.)* ¿Valentín?

EDU. *(Con mucha naturalidad.)* Sí... a mí me parece que no es el secretario que tú necesitas... Ya le ves... Se está haciendo presumido... Viste con elegancia... Se ha enamorado y se pasa el día haciendo versos... Yo creo que no te conviene... Es una impresión mía... ¿no te parece?

COL. *(Mirando al suelo.)* Sí... Es posible... Lo que dices es verdad... Vale más que me separe de él... Yo se lo diré mañana...

EDU. *(Dulcemente, pero con autoridad.)* No... Tú no... Yo... ¿Y por qué mañana? Ahora... Yo puedo decírselo ahora...

COL. ¿Tú quieres?

EDU. Sí... *(Se acerca a la puerta y llama.)* ¿Está usted ahí todavía, Valentín? ¿Quiere usted venir un momento?

ESCENA X

DICHOS *y* VALENTIN

VAL. *(Entra con el gabán al brazo y el sombrero en la mano.)* Me marchaba ahora mismo. ¿Qué deseaba usted, señor Colbert?

EDU. Pues verá usted... Han pasado aquí muchas cosas en muy pocos minutos...

VAL. ¿Sí?

EDU. Sí... Hay que suspender la liquidación del bufete... Mi esposa lo ha pensado mejor... La solici-

tan tanto, que vuelve a encargarse de todos los asuntos...

VAL. ¿De veras? ¡Es una gran noticia!

EDU. Pero hay más... Figúrese usted que de pronto me ha acometido el deseo de interesarme en los trabajos de mi mujer y al mismo tiempo he comprendido que mi puesto está junto a ella, y aquí nos tiene usted obligados a vernos privados de los servicios de usted... Yo me encargaré de la secretaría, y supongo que no me guardará usted rencor... En fin, en todo caso... más adelante...

VAL. *(Desconcertado.)* Sí... Es verdad... Yo comprendo... Entonces...

EDU. Sí, sí... Puede usted despedirse ahora...

VAL. *(Muy emocionado.)* Señora... Hasta la vista.

COF. *(Sin mirarle.)* Adiós.

VAL. *(A Eduardo.)* Caballero...

EDU. Hasta la vista. *(Vase Valentín.)*

ESCENA XI

COLETTE *y* EDUARDO

EDU. *(Después de una pausa.)* ¿Me perdonas?

COL. ¡Oh! *(Se apodera de la mano de Eduardo, con tristeza, con agradecimiento, un poco confusa.)* ¡Qué bueno! ¡Qué bueno eres! ¡Y hay quien cree que eres tonto!

EDU. ¡No soy yo quien lo cree!

COL. No... Eres inteligente, muy inteligente... Ya me había sorprendido que me pusieras enfrente de Rastabul... La carta del Decano ¿la pusiste tú ahí, no es verdad?

EDU. Sí...

COL. Hiciste bien... ¡Porque... todavía estábamos a tiempo!

EDU. ¿De veras, Colette? ¿Todavía... estábamos a tiempo? No me engañas...

COL. Te lo juro... No te he engañado. Tranquilízate... Era para el sábado.

TELON

OBRAS DE JOSE JUAN CADENAS

«Inés de Castro o reinar después de morir», refundición lírica de la obra de Luis Vélez de Guevara, música de los maestros Calleja y Lleó.*

«El trágala», zarzuela en un acto y tres cuadros, prosa y verso, original.*

«La Walkyria», versión rítmica castellana, en tres actos, de la ópera de Wagner.*

«Las violetas», boceto de comedia en un acto y en prosa.

«La Dolora», juguete cómico en un acto y en prosa.*

«El famoso colirón», zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa y verso.*

«El primer pleito», comedia en tres actos y en prosa.*

«Género chico», humorada en un acto, dividido en cinco cuadros y dos intermedios, en prosa y verso.*

«El delirio dominical», humorada cómico-lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso.*

«La tragedia de Pierrot», zarzuela en un acto, dividida en tres cuadros, en verso.*

«El conde de Luxemburgo», opereta en tres actos.

«La niña de las muñecas», opereta en tres actos.

«¡¡Al fin solos...!!», juguete cómico-lírico en un acto, original y en prosa.*

«La mujer divorciada», opereta en tres actos.

«Soldaditos de plomo», opereta en tres actos.

«Princesitas del dollar», opereta en tres actos.

«Los molinos cantan...», opereta en tres actos.

«Los húsares del Káiser», opereta en tres actos.

«Mis tres mujeres», opereta en tres actos.*

«Petit café», comedia en tres actos, de Tristán Bernard.

«Los inmortales», comedia en cuatro actos, de Flers y Caillavet.

«La toma de la Bastilla», comedia en cuatro actos.
«La alegría del amor», fantasía lírica en un acto, música de H. Bereny.*
«Las píldoras de Hércules», opereta en tres actos.*
«¡A ver si cuidas de Amelia!«, opereta en tres actos.*
«El príncipe Carnaval», fantasía lírica en un acto, música del maestro Valverde.
«El señor Juez», comedia en cuatro actos.*
«Mi tía Ramona», comedia bufa en tres actos.
«Mi amiga», humorada en tres actos.*
«La loca aventura», comedia en tres actos.*
«El capricho de las damas», vodevil en tres actos, música del maestro Straus.*
«La mujer ideal», opereta en tres actos.*
«Los trovadores», comedia lírica en tres actos, música de los maestros Calleja y Foglietti.*
«El abanico de la Pompadour», vodevil en tres actos.*
«La reina del cine», opereta en tres actos.*
«La bella Riseta», opereta en tres actos, divididos en un prólogo y cuatro cuadros, música de Leo Fall.*
«El amor en automóvil», vodevil en tres actos.*
«El último mosquetero», vodevil en tres actos.*
«La dama blanca», opereta en tres actos.*
«La princesa loca». opereta en tres actos.*
«La araña azul», vodevil en tres actos.
«Los alegres maridos de Maxim's» vodevil en tres actos, música del maestro Calleja.*
«La toma de la Bastilla«, juguete en cuatro actos.
«La duquesa del Tabarín», opereta en tres actos.*
«El millón.»*
«La danzarina de Cracovia», operera en tres actos.*
«La Corte de los Gorrones».*
«Pantina», comedia en tres actos.
«Un contrato leonino», comedia en tres actos.*
«El príncipe Carnaval», revista en tres actos.
«El príncipe se casa», revista en tres actos.*
«Los claveles rojos», opereta en tres actos.*

«El As», vodevil, con música, en tres actos.*
«La noche roja».
«Las amorosas», comedia lírica en tres actos.*
«El ministro Giroflán», vodevil con música, en tres actos.*
«Dedé», juguete cómico-lírico en tres actos.*
«La Bayadera», opereta en tres actos.*
«Teodoro y Compañía», vodevil en tres actos, música del maestro Guerrero.*
«¡Béseme usted!», comedia en tres actos.
«Después del amor», comedia en cuatro actos.*
«Seis personajes en busca del divorcio», juguete lírico en tres actos.*
«¡Yo, pecador...!», juguete en tres actos.*
«El jardín encantado de París», revista de espectáculo, en tres actos.
«Madame Pompadour», opereta en tres actos.*
«El collar de Afrodita», opereta bufa en tres actos.*
«La danza de las Libélulas»: opereta en tres actos.*
«El país de la sonrisa», opereta en tres actos.*
«El novio de mi mujer», opereta en tres actos.*
«El señor cura y los ricos», comedia en cinco actos.
«Katja, la bailarina», opereta en tres actos.*
«El amigo Venancio», juguete en tres actos.*
«El señor Cero», vodevil en tres actos.*
«Pensión Valdivia», juguete cómico en tres actos.*
«La reina del Directorio», zarzuela en tres actos.
«Mi mujer es un gran hombre», comedia en tres actos.

(*) En colaboración.

OBRAS DE ENRIQUE F. GUTIERREZ-ROIG

«La modelo», diálogo en escenas (agotada).
«Géneros del Reino», revista cómica en un acto.
«¡Miedo!...», cuadro de costumbres catalanas.
«¡No lo verán tus ojos!», comedia en tres actos.
«La noche del baile», juguete cómico en un acto.
«Arsenio Lupín», comedia en tres actos (agotada).
«Nick Carter», melodrama en seis actos.
«El señor Juez», vodevil en cuatro actos.
«La loca aventura», comedia en tres actos (cuarta edición).
«Los trovadores», comedia lírica en tres actos.
«La bella Riseta», opereta en tres actos (tercera edición).
«El panal de miel», farsa comico-lírica en dos actos.
«La reconquista», vodevil en tres actos (segunda edición).
«Bridge», comedia en tres actos.
«El diablo», comedia en tres actos.
«El segundo marido», vodevil en tres actos (cuarta edición).
«El tiburón», farsa cómica en dos actos.
«El grano de arena», vodevil en tres actos.
«Las superhembras», comedia en tres actos (quinta edición).
«¡Tío de mi vida!», juguete cómico en tres actos (tercera edición).
«La melindrosa», sainete lírico en un acto.
«El país azul», fantasía comico-lírica en un acto.
«El amigo de las mujeres», comedia en tres actos.
«Pasa el lobo», drama en tres actos.
«¡Que no lo sepa Fernanda!», vodevil en tres actos (sexta edición).
«La extraña aventura de Martín Pequét», comedia en cuatro actos.
«El tiempo de las cerezas», comedia en tres actos.
«El hombre de las diez mujeres», comedia en tres actos.

«El convenio de Vergara», juguete cómico en tres actos (segunda edición).
«Apaches (Mon homme)», drama en tres actos.
«Teresita», comedia en tres actos.
«Un hombre encantador», comedia en tres actos.
«Nosotros te salvaremos», comedia en tres actos.
«Una mujercita séria», comedia en tres actos (tercera edición).
«Después del amor», comedia en cuatro actos.
«Mamá es así», comedia en tres actos (segunda edición).
«La perla azul», comedia en tres actos.
«Los hombres guapos», monólogo cómico.
«La carrera», comedia dramática en cuatro actos.
«La Emperatriz Mesalina», opereta en tres actos.
«Ciboulette, opereta en tres actos.
«El viaje infinito», comedia en tres actos (tercera edición).
«Guiñitos», comedia en tres actos.
«El duo de Manón», comedia en tres actos.
«Mi mujer es un gran hombre», comedia en tres actos.

«La antigua Roma», sonetos (agotada).
«Cascabeles de oro», poesías (agotada).

PRECIO: 3 PESET